

# **Poesía III**

**Jens Bücher**

Der.Res. © Jens Bücher

No.Inscripción 195740, 195741, 195742, 195743, 195745

A Jennifer

- página en blanco -

## Índice

|              |     |
|--------------|-----|
| El Muchacho  | 7   |
| El Músico    | 65  |
| El Dibujante | 149 |
| El Viejo     | 213 |
| El Pintor    | 275 |

- página en blanco -

# **El Muchacho**

**(Altamira)**

- página en blanco -

## I

Grandes arcos cubren tus párpados,  
las cejas hirsutas  
casi esconden tu mirada  
hacia el valle delante de ti -  
serio observas el lento ir de la tarde,  
el cambio de luz, la brisa, el camino.

Te has apartado de mujer y niños,  
de tus amigos en caza y juego,  
te has alejado  
presionado por ese algo en el pecho,  
por ese gusto amargo en la boca,  
por sentir lo nuevo  
que madura incierto  
en las manos o en la vista o en el oído,  
eso nuevo incierto  
que se mueve y viene.

Miras, esperas, dejas que sea.  
Pájaros se persiguen,  
animales cruzan entre árbol y arbusto,  
la brisa se aquieta  
en pausas largas más y más.

Tal vez te echan de menos  
atrás junto a la encina,  
quizás los niños quieren  
que vuelvas ya.  
Pero tu mirada  
no quiere soltar el valle,  
insiste en quedar  
en lo amargo del gusto,  
en la luz ahí delante,

en el silencio maduro  
de eso incierto  
que no encuentra voz.

---

Has vuelto al fin.  
En medio de la familia  
te sientes extraño,  
de a poco entibiando el corazón,  
en las manos olvidando el valle  
y ahora tocando niño y mujer.

En la oscuridad de la noche  
van las imágenes del valle  
por tu mirada de ojos cerrados,  
siempre casi ensamblando en patrones,  
pero levemente desplazados de nuevo,  
casi, casi diciendo lo esperado  
y de nuevo  
fluyendo en colores y tiempos,  
casi tartamudeando,  
ahora sí, ahora no,  
tu valle querido.

## II

Has inventado tanta cosa, por dios,  
y mejoraste aquí y allá  
tazas, platos, el fogón encerrado,  
botas, carbones, tierras de colores,  
el techo entre los árboles,  
las piedras de tallado,  
has mostrado estrellas y vientos,  
el ir de las manadas,  
si donde has puesto tu atención  
algo distinto salió a la luz,  
de tu paciencia, de tu cariño  
emergió tanta cosa más fácil,  
que ahora, quién lo recuerda,  
el pasado sin ti, vivir es distinto.

¿En qué andaré ahora tu corazón?  
¿Será la bondad, los niños, sanar?  
¿Será un flujo de la vida,  
lo sacro, la gracia, o gratitud?  
¿Quizás será la duda,  
quizás lo dulce del amor?

O es el silencio  
que madura lo inesperado  
en tu corazón inquieto,  
la noticia que expresa por fin  
lo de todos los tuyos.  
Quién sabe.

Juegan en torno a ti, gritan,  
piden tu atención, ríen, corren,  
y tú vas quedando atrás.  
¿Quién te hizo tan serio?

### III

¿O es tu corazón  
la fuerza que atrae, muta y suelta encantada  
la nueva realidad?

¿De cuántas lluvias está hecha tu felicidad?  
¿A partir de cuántas ganancias  
se deprimió tu alma?  
Quizás tu sufrimiento  
hizo crecer los árboles junto al río,  
o la desolación nutrió  
la dulzura de los amantes.

Entonces eres quien transforma, tal vez,  
quien dibuja contra la roca  
ciervo o caballo  
pastando o huyendo,  
quien reza el sentir invisible  
de todo lo visible,  
el cantor que expresa consciente  
y crea de nuevo  
lo que ya ha sido una vez.

## IV

¿Eres tan solitario como pareces?  
¿O es tu vida transformadora  
un prolongado orgasmo con tu mujer,  
una penetración enamorada  
de todo cuanto hay,  
el compromiso viril último, engendrador,  
incapaz de toda soledad?

---

Tu bosque está hecho de reverencia,  
de distancias que unen,  
de un amor que todo lo sostiene -  
estos tus pasos solitarios  
que van hacia ella o de ella te alejan,  
cual ella fuese un centro,  
el centro de tu vida creadora.

Pareces solitario en tu adulta seriedad.  
Pero, claro, cómo podrías serlo.

## V

Llevas tres días ya  
perforando estos huesos  
con tus manos toscas y fuertes.  
Soplas, perforas, ensayas,  
perforas en busca del tono,  
en busca de lo limpio al oído.

Alguien antaño  
te mostró el invento  
y tú no olvidaste.

Has pasado tu vida  
imaginando el juego de tonos,  
las cadencias, el imitar del corazón.  
¿Qué quieres expresar?  
¿Decir el viento  
sobre las olas en verano,  
o furioso en invierno  
cuando remece los árboles?  
¿Anhelos, renunciás, conquistas?  
Y soplas de nuevo.  
¡Ahí, ahí!, casi fue trino,  
jugando, mira, emergió en tonos  
la insistencia de tu corazón hambriento,  
la marca de tu seriedad enamorada,  
el ritmo de tu ir conquistador.

Pero mirando hacia atrás ahora,  
por encima de estos tus días ocupados,  
de cuán lejos vino todo esto.

¿No fue tu abuelo  
quien te dijo los primeros tonos

en su flauta de tres hoyos?  
¿Y quién fue el abuelo de él?

Desde lejos.  
Un linaje de enamorados.  
Estatuillas, pinturas, tonos.  
Tejedores del sufrir y de la dicha,  
pacientes poetas  
de silencio y gestos,  
amantes de todo lo que es,  
qué privilegio  
saber de esta historia  
y en tus cejas sobresalientes  
intuirlo hacia tus descendientes,  
claro, qué bello.

## VI

Emigraste antaño  
de entre quienes fueron los tuyos,  
expulsado expulsante.  
No más un día, y te fuiste.  
No más juegos de poder,  
de odios y ritos,  
de culpas y maniobras, lejos,  
querías estar lejos  
de palabras a espaldas,  
de caras torcidas  
y de miradas coludidas.

Sufriendo te fuiste,  
lentamente  
sufriendo  
te fuiste.

Buscaste espacio  
para querer y  
ser querido,  
para callar y crear.

De entre los tuyos  
te fuiste, lentamente.  
Y de tu sufrimiento emergió  
este espacio de paz aquí  
en tu nueva familia,  
este espacio de paz  
con que inundas cuando miras  
con tus ojos claros.

## VII

Vienen a ti, desde lejos vienen a ti,  
por hierbas,  
por una mano sobre el vientre,  
vienen a decir y a escuchar  
y te traen recuerdos y cariño.

Creen que sanas y te buscan.  
Te confían pedazos de sus vidas y se van.  
Te cuentan su sabiduría,  
su generosidad y sus quebrantos.  
Se levantan y se van, nuevos, más fuertes,  
y creen que fuiste tú.

Ves y callas.

Pero en tus oídos después  
vas componiendo  
los caminos del corazón,  
las lágrimas, las sonrisas,  
los tonos del alma  
cuidadosamente  
emergiendo del fondo silencioso.

## VIII

Tam, tamtam,  
tam, tamtam,  
tam, tamtam -  
chicas hipnotizadas,  
chicas concentradas,  
un giro, otro giro,  
tam, tamtam,  
los brazos abiertos  
en lento ascenso,  
el pelo, tamtam,  
el pelo, tamtam,  
las caderas en giro,  
tam, tamtam,  
sus ojos encantadores,  
tam, tamtam,  
pudor y dulce fuego  
transformando tu tambor  
en vino  
que embriaga corazones.

Tam, tamtam,  
muy adentrada la noche,  
tam, tamtam,  
chicas elegidas,  
chicas conquistadas,  
de tu tambor  
emergen historias,  
encuentros felices  
entre ayer y mañana,  
tam, tamtam,  
avanzando hacia más y más,  
cauces, corrientes,  
ríos persistentes e inquietos,

tam, tamtam,  
más, más,  
ritmo inacabable  
en corazón y valle,  
tam, tamtam,  
chicos y chicas,  
hoy hacia más y más,  
hoy de nuevo  
hacia más, hacia más,  
tamtam tu humilde tambor,  
tamtam tus manos seguras,  
las chicas  
hipnotizables hipnotizadas  
y sus vinos de dulzura  
tam, tamtam  
hacia más y más.

## IX

Ahí estás, mirando  
por debajo de tus cejas grandes  
la lontananza de mil verdes,  
entretejiendo las blandas historias  
de un corazón que no para,  
los anhelos, los recuerdos,  
las olas y mareas de la sangre,  
mezclando gratitud y felicidad,  
pérdida y pena,  
hilos poderosos  
de un tejido aún desconocido,  
tu mirada despierta  
diciendo reverencia  
hacia los verdes lejanos,  
una sinfonía naciente  
desde tu ladera del cerro,  
este flujo voluptuoso  
en tus oídos musicales.

## X

Todo rima en ti, voz, andar,  
tus piedras, los carbones y las grandes figuras,  
en todo se dice de igual manera  
la claridad de tus ojos,  
la inocencia de tu tiempo intenso,  
la fuerza con que dejas que todo sea.

Está también bajo el techo,  
en los útiles que hiciste,  
este tu impulso a ir con el tiempo,  
a no frenar lo que viene  
y ya está en medio de tus horas.

Está en tus hijos, en sus juegos,  
en su curioso preguntar,  
está tu estilo, tu experiencia,  
y en tu mujer cuando piensa en ti,  
tu permanente ir,  
tu ir sin descanso  
hacia la expresión de quien eres  
tan convencidamente.

## XI

Tamtam, tamtam, tamtam  
va tu tamborcito  
- alocado -  
corriendo hacia el futuro,  
quién lo baila,  
tamtam, tamtam, tamtam  
tus manos ligeras  
- frenéticas -  
asustado asustando,  
el baile desconocido.

Tamtam, tamtam, tamtam  
las voces del corazón  
explotando  
su fuerza enamorada,  
quién se atreve,  
tamtam, tamtam, tamtam  
chicas y chicos  
- rápidos -  
ahora lo pueden,  
sí que lo pueden,  
el baile veloz.

Tamtam, tamtam, tamtam  
hacia el bosque  
entreabierto  
va el ritmo poderoso,  
giros y golpes,  
tamtam, tamtam, tamtam  
enamorados amantes  
hacia el bosque  
va la explosión  
del corazón agitado.

Tamtam, tamtam, tamtam  
tamtam, tamtam, tamtam  
tamtam, tamtam, tamtam  
tamtam, tamtam, tamtam

## XII

Entre los pinos  
miras hacia lo alto  
siguiendo el perfil  
de sus troncos elegantes,  
hacia la luz delicada arriba  
apenas visible  
en el cielo distante.

Y con la mirada  
atenta hacia la altura  
percibes el aire  
entrando erguido  
a tu cuerpo  
despierto.

Recuerdas de niño  
observar la lluvia  
caer desde las nubes  
a tu carita  
sorprendida.

O hacia el futuro  
imaginas subiendo  
tus convicciones  
queridas.

De pie,  
erecto,  
como rezando.

### XIII

Cuando juegas con tus hijos  
ya ves quiénes serán  
cuando grandes,  
sus estrategias, sus tácticas,  
sus preferencias llenas de ganas,  
sus modos inocentes  
al ir al encuentro  
del día desplegado.

Ordenan y dejan ser,  
crean, osan,  
coquetean y aprenden,  
hacen alianzas  
y estudian,  
riendo van  
y se dan.

Pero tu mirada  
una vez y de nuevo  
vuelve al entorno peligroso,  
a ver si son seguros  
los minutos sueltos,  
si valen otro más.

Quieres verlos perdurar,  
que nada interrumpa  
su vulnerable crecer,  
y puedan de adultos  
- mañana -  
expresarse como tú.

## XIV

Sufrir  
es como greda en tus manos,  
apretando juegas  
con su plasticidad vulnerable,  
giras y retomas,  
nuevas formas de la misma pasta,  
figuras del sufrir  
que se expresan  
ahora entre los dedos sensibles.

O  
es como sonidos en el oído,  
como un ritmo espiritual  
de todo lo perdido,  
de todo lo que no ha sido ya,  
melodías inocentes entrecruzadas  
en los golpes de tu tambor,  
flujos musicales  
llenos de tu sentir  
ahora apesadumbrado.

Mirando  
hacia la distancia  
de tu valle querido  
se mezclan  
imágenes de ayer y mañana,  
un gran querer  
de lo que no está  
pero que llegará  
si ahora no cejas.

## XV

Ha sido tu vida así -  
allá desde tu días de niño  
hasta ahora  
en la infancia de tus propios niños,  
un querer sentido y fuerte  
en el pecho juvenil,  
un mirar hacia delante  
por encima de lo dado,  
hacia lo difícil, hacia lo nuevo,  
osando, haciendo, errando,  
creando lo obvio,  
la manta de cuero,  
el cuchillo de piedra, el plato,  
tu tambor afinado,  
siempre más,  
siempre lo desconocido,  
como rima de tus horas,  
entrecortada tu seriedad  
por horas oscuras  
que nunca quieren terminar alguna vez,  
o por risas alegres  
que dicen más de ti que todo lo otro,  
hacia el futuro  
desde hoy,  
desde tus cejas oscuras,  
desde tus horas intensas  
en todo lo que eres.

## XVI

Bajaste al valle  
y seguiste el curso  
hacia la playa distante,  
tu hijo de cerca  
siguiendo tus pasos.

Asombrado  
saltando detrás de ti  
fue preguntando  
menos y menos cosas  
y pronto calló.

Jugaron horas  
en las olas  
saladas  
tomándose y soltando  
y siempre riendo.

De noche  
parecía soñar,  
madurando quizás  
las olas grandes  
y la sal.

## XVII

Apoyaste la cabeza  
en su pelvis adorada,  
y observando las estrellas  
te estuviste asombrado  
mirando y mirando.

Después de una lluvia  
es más clara  
la profunda distancia,  
está cerca lo lejos,  
casi como ahí.

Quizás  
construyes con tu tambor  
un paseo musical  
al centro  
de la noche querida.

O  
el ritmo de los golpes  
te hace más fácil  
decir la belleza  
profunda.

## XVIII

Nunca  
supiste resolver  
la convivencia junto a la pandilla,  
no quisiste nunca  
entrar a jugar  
sus juegos astutos,  
el uno contra el otro,  
nunca entendiste el placer  
de vencer al asustado,  
de salir airoso  
de la pérdida del otro.

Te fuiste.  
Habiendo tanto que vencer  
para que todos venzan.  
Saliste a la llanura,  
a la distancia solitaria  
llevando a los tuyos  
entre bosques  
de sorpresa,  
de peligros desconocidos  
y de olores inmensos  
de pánico o dulzura.

Emigraste hacia la luz  
durante esas semanas estivales,  
cruzaste colinas,  
seguiste senderos de animales,  
casi intuyendo ya  
tu futuro querido valle.

Lo supiste allí arriba,  
cuando se abrió

ante tus ojos atentos  
el paisaje amplio, verde, casi infinito,  
este es el lugar  
de caza y vida,  
amor y juego.

Excitado bajaste  
hacia lo ignoto,  
parecías ya saber  
tus años de frutos por venir,  
las muchas cosas por hacer,  
las ganas de ayudar  
y los golpes a dar  
a tu pequeño tambor de cuero.

## XIX

Enamorado  
cruzas las horas del día,  
vas a la piedra,  
al cuero o a la lanza,  
sales a buscar o recoger,  
juntas o juegas,  
el corazón entregado  
al despliegue del presente,  
caliente, entretenido,  
todo es música  
en tu piel sensible,  
todo es olor  
a tu conciencia despierta,  
todo es luz  
a tus ojos abiertos -  
y al cerrarse  
tu vista en la noche  
la dulzura del sueño  
te derrite en gratitud,  
muchacho feliz.

## XX

Ágil, hacendosa, alegre,  
cuán confiada se entregó  
a tus caminos inusuales,  
a tus intuiciones  
o a la dirección que elegiste  
de entre todos los tiempos.

Admiras su belleza,  
su vientre, sus ojos,  
sus manos diligentes  
corriendo sobre las mil cosas  
con que hace fácil y bello  
vivir y respirar  
o atender a los niños.

Sorprendido vas a su lado,  
tratas de entender  
su naturaleza distinta,  
su sentido femenino,  
y cuando crees que lo logras  
ya no es,  
lo nuevo te sorprende  
y no sabes.

Pero tendidos al sol  
o en la oscuridad de la noche  
la abrazas sapiente  
y ella  
contiene tu fuerza -  
hasta abrirse entregada  
como lo hace de día  
el valle a tu vista.

## XXI

De a poco  
han venido a tus parajes  
los tranquilos,  
en parecido ánimo al tuyo  
salieron de entre los suyos,  
y ahí viven ahora,  
y las mujeres gozan juntarse  
e intercambian y ríen,  
y tu haces amigos con ellos  
y se confían.

Donde antes  
merodeaban fieras  
hoy juegan niños,  
donde en los bosques  
oías pájaros y grillos  
hoy suena tu tambor  
en música o danza.

Amistad.  
La selva es distinta  
en tu corazón sorprendido,  
la caza es fácil  
y los niños juegan  
juegos nuevos  
entre todos ellos.

## XXII

Has mirado incansable  
esta naranja a medio comer,  
qué haces, qué piensas,  
tu mirada paseando intrigado  
por encima del brillo repleto  
de la ácida dulzura,  
pensando, meditando,  
gozando el color de la cáscara,  
este el color de tu corazón,  
de tus convicciones  
más alegres y fuertes,  
el color de vida y placer,  
de salud y fuerza,  
color nacido en su luz  
como desde tu propia intimidad,  
porque cómo puede ser tan tuyo  
sino siendo tú mismo –  
o lo amargo o lo dulce,  
quién sabe qué te tiene ahí  
dejando que el tiempo  
pase arriba de tus manos  
como las nubes primaverales  
arriba del pasto, de los arbustos  
y de tu tambor ahí a tu lado.

## XXIII

Tammm, tammm, tammm,  
tatatammm, tatatammm,  
tu tambor de nostalgia  
o de dulces amores  
va girando y girando  
su mensaje de aire,  
tatatammm, tatatammm,  
y de gracia coqueta  
tatatammm, tatatammm,  
retenida a veces,  
tammm, tammm, tammm,  
y de nuevo fluyendo  
tatatammm, tatatammm,  
invitando a venir,  
las muchachas calladas,  
los muchachos atentos  
lentamente llegando,  
es un baile, es música,  
o será poesía,  
tammm, tammm, tammm,  
tatatammm, tatatammm,  
este nuevo sonido  
enseñando los giros  
femeninos y dulces  
a caderas graciosas,  
tammm, tammm, tammm,  
tatatammm, tatatammm,  
tu tambor juvenil,  
tu tambor adorable,  
tammm, tammm, tammm,  
tatatammm, tatatammm,  
tu tambor, tatatammm.

## XXIV

Bramaba el pequeño,  
gritaba la ausencia  
de su madre ida –  
y le llevaste agua  
en tu bolsa de cuero.

Bebió y quiso más.  
Otra bolsa de agua  
fue la amistad.  
Te siguió al agua  
y después te seguía  
donde fueras.

Sobrevivió los días duros.  
Iba junto a los grandes  
pero venía a ti  
y acercaba su cabeza  
a tu mano, a las piernas,  
te tomaba el olor.

Los bisontes se alejaban,  
a los meses volvían.  
Y tu amistad creció  
junto a tu amigo  
cada vez más robusto,  
este amigo infantil, fuerte  
y gentilmente curioso.

Junto a él  
ingresaste a la manada,  
fuiste uno más junto a ellos,  
en paz aceptaron tu porte,

tu figura erecta y tranquila  
en medio de todos.

Incluso de adulto más tarde  
venía a ti y aguardaba  
que acercaras tu brazo, tu mano  
a su nariz tibia,  
y mirando atento  
dejaba ser.

Lo viste durmiendo un día,  
gozaba su siesta  
en el sol de la tarde.  
Parecía un chico de nuevo,  
encorvado como estaba  
la cabeza entre los pies.

Su piel café era roja  
y las manchas oscuras negro,  
así como la luz  
contrastaba el verde brillante  
de hierba y pasto.

Dormía.  
Su imagen amiga  
entró a tu conciencia  
y se hizo un hogar  
de fuerza y paz  
en medio de ti.

## XXV

Les diste nombres.  
Descubriste el carácter  
de uno en uno,  
el tiempo que les tomaba  
dejar que te acercaras,  
el lugar del cariño,  
la espalda, el vientre,  
la frente o la nariz,  
algunos nunca quisieron  
que los toques,  
de a poco te fueron diciendo  
sus modos de ser.

Te sentabas a verlos.  
Durante las lentas horas  
de su interminable mascar  
esculpiste sus volúmenes  
en tu alma tranquila,  
marcaste sus contornos  
sobre superficies del sentir.

La lentitud de tu andar  
te hizo uno de ellos.  
Cuando te ibas finalmente  
tu amigo te miraba  
o se acercaba otra vez  
y te tomaba el olor.

## XXVI

Todo fue tela para ti,  
la arena en la playa, el barro,  
los troncos de los árboles,

cueros usados mil veces  
o las rocas,  
verticales o tendidas,

todo fue tela,  
lugar de prueba,  
lugar final,

recreaste en ellos  
tus animales queridos,  
tus animales hermanos,

sacaste de las superficies  
el lenguaje de las aristas,  
de colores y sombras,

arrancaste del silencio visual  
la expresión  
de tu enamorada fuerza,

imprimiste  
sobre el presente  
la validez de tu sentir.

## XXVII

Querías sonidos más bajos,  
golpes más profundos,  
querías reflejar  
en la oscuridad del tono  
la base de nuestro vivir,  
querías decir  
el ir y el venir  
de lo que nos es,  
los vientos otoñales  
antes que comience el frío,  
o de vuelta,  
saliendo del invierno,  
la gravedad  
que nos genera.

Huesos más largos,  
un tambor más grande,  
cuántas cosas  
te tuvieron ocupado  
durante horas y días,  
en busca del sonido  
viril.

Y ahora  
que lo tienes por fin  
sales a caminar,  
dejas todo botado  
y respiras en lo alto  
de tus montañas aireadas  
la belleza de tu valle  
allá abajo.

## XXVIII

Fueron juntos todos  
a la playa abajo,  
amigos, amigas, niños,  
vamos al agua,  
vamos a la arena,  
hagamos juntos el día  
jugando bajo el sol.

Desde lejos se unieron  
al paseo veraniego,  
expectantes, alegres,  
trajeron útiles, fruta,  
historias nuevas,  
inventos entretenidos,  
incluso un pájaro herido  
y muy joven para volar.

Cazaron, pescaron,  
el día estuvo precioso  
de risas y gritos,  
comida y locuras,  
y en la tarde  
querían quedarse.

Alguien te preguntó  
por tu tambor,  
pero no lo habías traído,  
no querías mezclar  
música y mar,  
expresión y libertad,  
hoy quisiste sin tamtam,  
hoy quisiste  
todos juntos.

## XXIX

Supiste antaño  
el círculo maravilloso  
que movía tu vida  
a través de calor y frío,  
de oscuridad y luz,  
el progreso sinuoso  
desde el ayer  
hacia el día que viene,  
paulatino, lento,  
como ganas de lo nuevo,  
poco a poco  
diciendo su verdad.  
En las estrellas  
lo supiste para siempre,  
cómo en giro  
cambian de lugar,  
en el sol,  
en la luna misteriosa,  
y en tu amiga  
alegría y enojo  
yendo y viniendo.  
Así giran también  
sus caderas preciosas  
cuando golpeas  
tu tambor maravilloso,  
tatatammm, tatatammm,  
ebrio de este amor  
que vuelve y vuelve,  
como giro  
siempre vuelve,  
de nuevo y de nuevo,  
tatatammm, tatatammm,  
tammm, tammm.

### XXX

Tu tambor grande  
va diciendo  
fuerza y sorpresa  
de otro modo  
al bosque sorprendido,  
sus golpes viriles  
resuenan lejos  
entre los árboles,  
o por encima del valle  
viajan lejos,  
pommm, pommm, po pommm,  
pommm, pommm, po pommm,  
pommm, pommm, po pommm,  
majestuoso saludo  
de la sangre indómita  
cruzando oídos,  
atravesando conciencias,  
y ellos,  
girando, preguntando,  
qué es, dónde.

Pommm, pommm, po pommm,  
tu corazón serio  
golpeando sus latidos  
al cuero inmenso,  
mostrando vigoroso  
el ir  
de tu alma madura.

## XXXI

Gozas dormir.  
De día, de noche,  
apenas se da la hora  
te dejas ir  
a lo dulce, a lo profundo,  
a la quietud  
plena y satisfecha.

En el sueño  
sumerges tus inventos,  
tus ideas inconclusas,  
tus anhelos inciertos,  
dejas ir,  
sueltas para siempre  
lo que tenías asido.

La oscura marea  
se lo lleva de ti,  
te devuelve a lo pobre,  
a la tibia desnudez,  
te cubre y convence  
en su modo blando,  
íntimo y total.

En esta paz  
una ola de ti  
termina de llegar  
y se transforma –  
mientras una nueva  
ya se anuncia  
paulatinamente.

## XXXII

Montañas,  
colina y valle  
y más abajo el mar,  
este es el hogar  
que elegiste años atrás  
para desplegar  
tus intereses  
entretenidos.

Casa  
hizo bosque y playa,  
un lugar  
de vida y acciones,  
el declive  
en que prosperan  
mujer y niños  
y se escucha  
un tambor.

Zona  
de bisontes y encinas,  
suaves pendientes  
hacia agua y sombra,  
hacia el sol, la luz, estrellas,  
espacio  
de fresas y manzanas  
deliciosas.

Tiempo  
en el que sumerges  
las raíces  
de tu sentir despierto,  
momento  
en el que hundes  
la expresión  
de tu carácter.

### XXXIII

Lentamente  
te apropiaste de la caverna.

Todos querían entrar,  
conocer por sí mismos  
el extraño hallazgo,  
no había espacio ni tiempo  
que diera cabida  
a tanto grito y juego  
en la extraña oscuridad,  
los osados contaban  
de pasadizos secretos  
muy adentro,  
de sombras y monstruos,  
de huellas de oso y  
tenebrosas formas.

Algunas muchachas  
cocinaron y conversaron  
al resguardo de la lluvia  
en las semanas que siguieron,  
niños jugaron aún,  
pero de a poco volvieron  
a la luz y el viento,  
a la vida  
amplia y conocida.

Lentamente  
fue tuya.

## XXXIV

La tempestad  
del corazón.

No querías salir.  
Días al comienzo,  
semanas después, meses.  
Tu amiga te pedía,  
te decía no más antorcha,  
no más colores,  
vamos afuera,  
volvamos  
a los días de antes.

Rojo, negro, ocre,  
buriles, pinceles,  
otro, aquí,  
no demoro mucho,  
espera, alumbra,  
ya vamos –  
los días de tormenta.

Tus bisontes queridos.  
La amistad callada  
de estos animales poderosos  
y cuidadosamente tolerantes.  
Sus modos individuales.  
La red que los une  
y que a veces te incluía  
silenciosamente.  
El ser y participar,  
reverencia a mediodía,  
la experiencia indecible.  
Volúmenes y vida.

Lloraste a veces al pintar,  
gotas de felicidad  
cayendo a la barba,  
suspiros profundos  
que a ella la asustaban,  
la abrazabas  
y se amaban  
en la húmeda oscuridad.  
Pero se cansaba,  
es verdad,  
y quería volver.

Solo.

La tormenta.  
Hombros poderosos,  
cuellos hechos de fuerza,  
cuernos, pechos, ancas,  
hembras grandes, atentas,  
machos majestuosos,  
otro aquí, aquí delante -  
tiempo sin tiempo.

No sabe la sangre  
de dónde viene,  
a dónde va,  
siempre pujando,  
presionando adelante,  
de nuevo empuñando  
piedra o pincel,  
diciendo la vida  
en el techo,  
diciendo tu vida  
de amor y convicción  
en trazos, tierras, carbones,  
la vida de tus amigos

adorables  
afuera en la pradera.

Saliste.  
Cielo y bosque  
estaban ahí mismo,  
más chicos tal vez,  
más luminosos  
en toda la luz del valle,  
y tú cansado,  
casi sonámbulo,  
apenas sonriente.

Fueron juntos  
después, a veces,  
en los meses venideros  
te acompañó al espacio  
tan de ambos  
y se estuvo mirando  
a tu lado,  
asombrada.  
Y tú,  
ibas serio tú,  
muchacho enamorado.

## XXXV

Te acercaste acechando,  
como quien va de caza,  
de a poco avanzaste  
y pudiste verlo.

Tu hijo mayor  
se había alejado,  
tamtam, tamtam,  
y aquí solitario  
en medio del bosque  
buscaba expresarse  
en tu pequeño tambor,  
tamtam, tamtam,  
sus manitos  
dando golpes  
al cuero estirado.

No era parejo,  
pero ya lo hacía sonar,  
sabía ya soltar  
el tono al aire,  
buscaba ya  
lo limpio, lo claro,  
el gusto de la gracia,  
tamtam, tamtam.

Orgullo y felicidad  
detrás del árbol,  
joven padre,  
en medio del bosque,  
tamtam, tamtam,  
espiando.

## XXXVI

Corteza, hojas, flores,  
cáscara, pulpa, semillas,  
raíces innumerables,  
iba todo a la lengua,  
a tu gusto indagador,  
y unías  
a la memoria de personas  
o proyectabas sus caras  
con esto o esto.

A veces llevabas  
hierba o fruto  
donde alguien débil,  
frotabas o dabas a mascar,  
y la anciana se sentía mejor  
o un viejo te daba las gracias.

Incluso los niños  
a veces  
salían antes de la fiebre  
o volvían a comer.

Cambiaste tu bolso  
por uno más grande,  
ahora llevabas más  
y los olores  
se mezclaban y sumaban  
e invitaban a más.

Incluso el mismo cielo  
parecía erguirse  
cuando aspirabas  
los aromas exquisitos.

## XXXVII

Volviste  
a tu sala preciosa,  
como olas  
de una tormenta que ya fue  
te venían ganas  
de hacer aquí, de hacer allá,  
de sostener el buril,  
de impregnar tus carbones,  
tus tierras  
al techo voluptuoso.

Tu amiga entró,  
quiere sostener la antorcha,  
que seas más libre –  
asombrada mira lo que haces  
pero calla.

Su suavidad te conmueve.  
Pronto has soltado tus cosas  
y la abrazas con ternura.

Afuera de la gruta  
cae la lluvia.  
La tarde se va  
entre besos y cariños.

Cuando salen a la noche,  
a las primeras estrellas  
visibles entre nube y nube,  
aún llevan en los labios  
gusto a manzana.

## XXXVIII

Tuviste un invierno  
muy largo una vez,  
todos estaban cansados ya  
del frío y de la nieve,  
el viento seguía botando  
los copos delicados  
sobre árbol, pradera y camino.

El invierno  
parecía llamarse leña.  
Traían ramas y más ramas,  
juntaban troncos, raíces,  
todo iba al fuego,  
de noche, de día,  
conversando o en silencio,  
a las llamas rojo-amarillas.  
Traían animales caídos  
por vejez o frío,  
trabajaban mantas, paredes,  
cocinaban, jugaban,  
inventaban cosas,  
lazos, bolsas, lanzas, anzuelos,  
buriles, pinceles,  
tierras y carboncillos,  
pero ya nadie quería más.  
Soñaban con el sol,  
con los juegos felices  
en la luz brillante  
del verano rezagado.  
Mirando a través  
de los copos descendentes  
parecías intuir  
la fuerza que venía.

## XXXIX

La primavera  
pareció una explosión  
de vigor y colores,  
todo crecía y brillaba,  
la felicidad abarcó  
familia, árbol y riachuelo,  
el mundo  
fue amplio de nuevo  
y decidieron viajar.  
Visitemos  
a nuestros amigos  
aquí y allá,  
veamos caminos y manadas,  
salgamos a conocer,  
vamos a lo lejos  
pasadas las colinas,  
crucemos ríos,  
caminemos para siempre.

Fueron dos meses  
de riqueza sobre riqueza.  
Amistades preciosas  
de simpatía y genio,  
generosidad por delante,  
niños jugando,  
paisajes desconocidos  
ingresados a la intimidad  
del corazón.

Llegaron distintos  
a la encina hogar.  
Sacaste el tambor  
y sabías qué hacer.

## XL

Al otro día  
fuieste a la caverna  
tu tambor grande en la mano,  
el chico en la otra,  
excitado ibas, apurado,  
a conocer tu destino  
allá dentro de lo oscuro,  
a salir de toda duda  
musical.

Te sentaste  
a la entrada de tu sala querida.  
Tensaste los cueros,  
probaste, amarraste y ya.

Pommm.  
Sonaba muy fuerte  
y el eco te repetía,  
pommm,  
grandioso y viril,  
pommm, pommm,  
la columna espiritual.

Tatammm, tatammm,  
pommm,  
tatammm, tatammm,  
pommm,  
pommm.

Silencio.  
Pommm.  
Eco.  
Silencio.

Po pommm.

Eco.

Silencio.

Po pommm.

Toda la mañana.

Pommm,

pommm en lo oscuro,

pommm en la piel,

pommm espiritual,

po pommm,

po pommm.

Tu amiga y otros  
esperaban a la salida

con grandes ojos

y querían saber.

Pero tú no quisiste  
decir.

## XLI

Te sentaste  
al borde de la manada,  
junto  
a tus bisontes queridos.  
Comían tranquilos,  
un paso aquí,  
un paso allá,  
todo el tiempo a su lado.

¿Qué hay de ti en ellos,  
de ellos en ti?  
¿Qué atrae tu atención  
a sus hombros altos,  
a sus ojos blandos,  
a sus pechos de fuerza?  
¿Es su seguridad,  
su confianza al comer,  
es el aire relajado  
que los envuelve?

Lentamente se alejan  
y tú les sigues,  
vuelves a unirte  
a su cercana red.  
Las horas se esparcen  
hacia la lontananza,  
pero tu conciencia  
se yergue hacia arriba  
en admiración y paz,  
en devota claridad.

## XLII

La admiras.  
La quieres.  
Pero el pudor  
cierra tus labios,  
te impide decir  
lo que ella  
adora escuchar,  
lo simple,  
lo importante,  
día a día  
y de noche.

Dices que está  
en el tambor,  
en los colores,  
en el valle  
que has elegido,  
en tu mirada  
y tus pasos,  
que está en todo,  
pero ella sonríe.

Entonces  
lo haces,  
lo dices  
claramente  
y le miras  
a los ojos,  
pero  
ella suspira  
y de nuevo  
sonríe.

### XLIII

Tu corazón va inmerso  
- pommm -  
en lo serio, en lo claro,  
va en un volumen espiritual  
¡pommm!  
subiendo trascendente  
hacia más y más  
¡pommm!  
llenando el silencio  
que recoge  
receptivo y cóncavo  
¡¡pommm!!  
hacia arriba más -

o pommm delicado,  
pleno de alma,  
- pommm -  
atento, venerando,  
- pommm -

¡¡pommm!!  
viril, grande y amplio  
va vigoroso  
¡¡pommm!!  
subiendo desde el pecho  
hacia el espacio arriba  
sacro y majestuoso  
¡¡¡pommm!!!  
limpio, fuerte, serio,  
hacia más y más -

ahora blando de nuevo,

- pommm -  
ahora dulce,  
- pommm -  
tu corazón excitado,  
muchacho espiritual,  
- pommm -  
va hacia el aire estival  
en que se expresa  
tu vida enamorada,  
- pommm - , - pommm -  
pommm.

## XLIV

Estabas sentado  
cruzado de piernas,  
las manos tomando arena  
y entre los dedos  
dejándola ir.

El mar estaba brillante  
de la luz del mediodía,  
las olas venían a la playa  
volcando su impulso  
en blanco y ruido  
hacia cerca de tus pies.

Observaste las gaviotas  
sobrevolar la rompiente  
de izquierda a derecha  
y después de vuelta,  
sus alas bien abiertas  
y sus cabezas  
levemente giradas.

La belleza del momento  
te tenía contento,  
mirando y sintiendo,  
escuchando,  
la arena deslizándose  
entre tus dedos.

## XLV

Un día te fuiste.

Tu amiga te lloró  
delante de amigos e hijos,  
no sabía parar.

Tus hijos adorables  
te echaron de menos  
y miraban a mamá.

Tu valle querido  
quedó huérfano de ti  
por tiempos inmensos,  
nieve y sol,  
playa, caverna y río,  
los bisontes tranquilos  
que tanto quisiste  
no te encontraban  
en ladera o pradera,  
y tus tambores  
se cubrieron  
de polvo.

Tal vez un día  
un hijo tuyo  
retome tu música,  
y enamorado lo diga  
tam, tam, tam, tammm,  
temeroso se le salga un  
popopo pommm,  
o cante sereno  
pommm, pommm,  
mensajes viriles

volando sobre el bosque  
de un valle querido,  
tamm, tamm, tamm,  
la música del vivir,  
tatatamm,  
tamm.

## **El Músico**

- página en blanco -

Saltaste al podio apurado,  
chaqueta suelta y cabello al viento,  
- no se acostumbra así -  
miraste a los músicos a los ojos  
y te largaste osado.

Hubo pocos que iban contigo,  
pocos al comienzo confiados,  
o entusiastas, convencidos,  
pero su fuerza bastó,  
y la música conquistó,  
quebró la inercia precavida  
de quienes querían seguridad  
para sus mentes pusilánimes,  
arrasó con ellos también  
y comprometió sus corazones.

Hiciste que sus manos canten,  
hiciste que no sepan de sí,  
tocaron hipnotizados  
y de emoción en emoción  
brillaron sus instrumentos.

Sobre la sala receptiva  
se derramó tu discurso musical,  
ondas preciosas, despiertas,  
plenas de verdad  
hasta el mismo final.

Estabas tomado aún por lo serio,  
pero ya se movía la orquesta  
y ahora a ti miraban a los ojos,  
maestro, cómplices, agradecidos,  
pudor y orgullo en sus miradas.

Encontré tus cuadernos  
sobre mesas y sillas,  
en libreros, arriba del piano,  
en un orden sólo tuyo.

Leí por horas tus notas,  
tu música comenzada,  
tu música entrecortada,  
y a veces completa.

Tu música del ser,  
la música del vivir,  
mostrando lo de estos animales  
dotados de ritmo

más que de caos,  
de armonía más  
que de azar,  
y de fuerza bella.

Lo sabías de niño:  
pero ahora fuiste  
y en las notas  
lo habías escrito.

En la esquina del pentagrama  
arriba a la derecha  
anotaste con notas ilegibles casi  
lo que más tarde reconocí en los oboes,  
después en los fagotes, en los cornos,  
crescendo escribiste, en los cellos,  
y entrecortadas por el timbal  
emergieron en la orquesta entera,  
melodía dulce y fuerte  
contando tu amor por la vida,  
tu visión comprometida, total,  
la reverencia agradecida  
por encima de sufrimiento y pena,  
más allá de frustración o vacío,  
la aserción de lo propio,  
tu versión íntima de lo real  
ahora volcada sobre esta página  
en uno de tus cuadernos.

Leyendo en tus papeles  
me sorprendo  
de la reserva con que escribes,  
de la simpleza, de la humildad  
con que expresas en los instrumentos  
la corriente de tu corazón,  
la arrolladora voz  
de acordes armoniosos,  
de ritmos gruesos y sincopados,  
de melodías aquí y allá,  
voz escrita casi con nada,  
como sin tiempo para más,  
una abstracción emotiva,  
una leyenda de piel,  
una fórmula hormonal:  
tu verdad fluyente.

Somos animales  
no menos preciosos  
que cualquiera allá,  
pero tú lo supiste mejor  
que todos nosotros.

Tú supiste  
de nuestras nostalgias,  
de nuestras renunciás,  
de nuestro silencio  
en medio de soledades.

Cantaste  
alegrías contagiosas,  
por nosotros levantaste  
más allá de la hora  
la voz poderosa.

Lo dijiste  
de pauta en pauta,  
cruzando registros  
y con ritmos  
en giro avanzando.

Expresaste  
nuestra verdad animal  
con el cariño desbordante  
de quien admira  
y no para de admirar.

Supiste  
antes que nosotros  
- mejor que nosotros -  
la sangre caliente  
de todos los hermanos.

Supiste  
que se mueven musicalmente  
nuestros hermanos,  
que van de ganas en ganas  
mezclando las melodías  
de su vivir despierto,  
y no valoran el negocio  
ni afán o avidez.

Que  
van seguros y confiados  
por sabana y bosque,  
eso supiste,  
como tus mismas melodías  
o tus acordes amplios  
van por lugares del alma,  
parece, para siempre.

Quizás  
tu música  
dice  
millones  
anhelos  
vividos.

Tal vez  
hubo  
canto  
año  
en nuestro  
pasado.

Y ahora  
por fin  
resuena  
en giros  
y ritmos  
logrados.

¿Si pudiesen,  
escuchándote  
decir  
lo de ellos,  
qué  
dirían?

Sufrir,  
majestuoso mar  
del que emerge  
tu música brava,  
fondo oscuro  
del cual asciende  
la luz recia  
de tu saber.

Expuestos  
seguimos tu andar,  
y de lo tuyo  
aprendemos  
a sentir  
lo muy nuestro,  
lo oscuro  
y lo claro.

Trabajaste días y días,  
tus músicos se cansaban,  
hacían bromas a veces  
o no sabían hacia dónde  
iba tanto esfuerzo.

Te cruzaste un día  
con el primer violín,  
iba solo por un pasillo,  
su frente alta,  
su mirada honesta.

Serio fuiste hacia él  
y le diste la mano,  
un apretón callado  
entre hermanos  
que saben más.

Has tomado su cello  
e imitas su gesto,  
le miras a la cara,  
le ruegas, le pides,  
y tocas la cadencia  
con la soltura sapiente  
de un hombre mayor,  
la estimulas, le aseguras,  
delicadamente le nutres  
de valor, de firmeza,  
la guías al lugar difícil,  
a la secuencia que teme,  
y la dejas probar -  
al tiempo recordando  
tus propias fallas antaño,  
el camino que has hecho  
y la ayuda que a ti  
- a veces -  
entonces te dieron.

De a poco los conquistaste,  
semanas iban, meses iban,  
de a poco los músicos  
cedieron sus ideas,  
sus rígidos valores,  
comprendiendo entraron  
a este tu otro mundo,  
a equilibrios del instante,  
a fuerzas cambiantes,  
y a sus propios mundos  
ahora liberados  
por tus acordes  
en llanto o sonrisa  
o en silencios retenidos,  
claro,  
a las tempestades del ánimo,  
o también tranquilos  
a los vientos del placer.  
Poco a poco  
formaste esta orquesta  
que ahora interpreta  
cada vez mejor  
la música tuya,  
la de ellos,  
la de todos nosotros.

En el comienzo, dijiste,  
era el timbal.  
Su ritmo poderoso  
su tono profundo,  
síncopes, saltos, silencios,  
la riqueza de la sangre,  
hambre, amor, destino,  
la fuerza indómita  
que levanta, quiebra, libera,  
ordena a su propio modo  
y finalmente sosiega.  
El timbal, dijiste,  
era el comienzo  
de nuestras vidas,  
de toda música posible,  
de todo tono ahora  
en el oído veraz.

El timbal mueve caderas,  
decías,  
de a poco más seguras,  
las muchachas las mueven sensuales,  
decías,  
encantables chicas dejándose ir,  
más entregadas y preciosas,  
encantables-encantadas,  
melodiosamente musicales,  
decías,  
el timbal las seduce,  
las expresa, las canta,  
las embriaga hacia gracia y fuerza,  
dulces, felices, sonrientes,  
girando sus caderas enamoradas  
y subiendo sus brazos,  
las manos elevando  
el pelo cayendo brillante,  
el timbal,  
decías,  
en noches sagradas.

Hay orquestas que no lloran,  
que no saben rabiar o perder,  
que no conocen angustias  
ni nunca les falta el aire.

Sus músicos están seguros  
bajo la protección simulada  
de sistemas callejeros  
a usanzas de la moda.

Pero hoy tus músicos van  
del caos al terror  
y de vuelta a la esperanza  
y se quiebran en llanto.

Los quieres frágiles,  
los transformas en fuertes  
y de vuelta los expones  
al fin irreparable.

Van inmersos  
en aguas profundas,  
todo compás un compás,  
cada tono una vida.

Incluso los vientos,  
el aire en el bosque  
o las nubes livianas  
saben de tu peso terrenal.

Tus músicos  
ahora expresan la fuerza  
que has osado  
en sus almas abiertas.

Canto,  
libertad de jugar  
con los tonos  
de tu voz bendita,  
yendo, viniendo,  
contando tu verdad  
de sentir en sentir,  
tu secuencia melodiosa,  
mensaje precioso  
desde la intimidad  
de tu experiencia de artista  
y volcado con dulzura  
hacia un mañana  
que nadie conoce -  
canto  
que el aire sostiene  
y reparte generoso  
en torno a ti,  
libertad de decir,  
libertad de escuchar,  
secuencia encantadora  
aquí en medio  
de todos nosotros.

En tus cuadernos  
hay otros momentos,  
oscuros momentos,  
mostrando  
hacia lo bajo, hacia lo profundo,  
tiempos de sufrimiento  
penetrando espacios de pena  
y de vuelta al sufrir,  
bajo bóvedas sin luz  
yendo al encuentro  
del sentir doloroso,  
casi ciego yendo,  
pero seguro yendo,  
avanzando  
contra la corriente tenebrosa,  
ya intuyendo, ya sabiendo  
la respuesta  
del otro sentido,  
del sentido más claro,  
casi cantando,  
en tus cuadernos.

Quién te ata las manos  
si sabes los nudos,  
quién enmudece tus notas  
si has sido su silencio.

Por eso vuela tu canto  
por encima del paisaje,  
humilde y conquistador,  
tu melodía enamorada.

Porque no es afán  
lo que ahí dices,  
sino blanda historia  
en tonos testigos.

De aire y nada  
está hecha tu música,  
pero en el oído  
cambia nuestras vidas.

Recién lo insinuaste en los cellos,  
lo sostienen los cornos, los fagotes,  
juegas en vueltas buscando,  
pero lo afirma el clarinete  
y más seguro lo intenta el oboe,  
hasta que arriba al final,  
preciosa,  
la flauta lo canta liberada  
a todos audible,  
tu alegría grande y clara.

Tú no piensas,  
pero de ánimo en ánimo  
va tu corazón  
avanzando o girando,  
vueltas graciosas  
en rondas regaladas,  
vueltas múltiples  
de música emergente,  
placer de expresar  
pena o alegría,  
sufrir o soltar,  
querer o ver -  
nunca piensas  
y eres leal  
al flujo que te lleva  
de tono en tono,  
de sentido en sentido,  
libre, pleno,  
en medio de tu verdad.

Los silencios  
valen como los tonos tanto,  
anotaste,  
los largos silencios  
- ajenos a las líneas melódicas -  
significando la otra música,  
la guardada, la retenida,  
pero igualmente vivenciada  
de compás en compás,  
seriedad tras seriedad  
acompañando composición y canto  
desde la otra dimensión,  
intimidad asentada  
en su centro de creciente  
validez.

Los silencios nos expresan,  
escribiste,  
en vigor y verdad  
mudamente.

Sensualmente  
has dejado escurrir  
la pena  
al teclado blanco y negro,  
girando, sintiendo, probando,  
lágrimas en los ojos,  
más, más,  
como pelo cayendo  
de mejilla al hombro  
y rozando el seno,  
más, más,  
virilmente perdiendo  
lo que no querías perder,  
tristeza transparente  
resonando en la madera  
de tu piano afinado,  
más, sin parar,  
entregadamente,  
de nuevo, siempre otra vez,  
de cara y dando la frente -  
música honrada  
desde tu alma herida.

En tu cuaderno  
encontré una pieza  
muy simple y corta.  
Me dejé llevar  
por la línea alta  
cantada y bella  
y sus bajos serios,  
un juego musical  
escrito con la humildad  
de quien mucho sabe  
y ahora traza  
movimientos del ánimo  
con facilidad y gracia,  
compositor bendito.

Indicabas  
con mesura y cariño,  
pero movías la cabeza  
con mucha libertad  
aquí o allá  
y pensé  
que se te iba la atención,  
que tal vez componías  
al tiempo que dirigías,  
que había más música  
en tu corazón  
que la de tu orquesta,  
quién sabe,  
como vertiente  
dando y dando  
y no la puedes parar.

Te gusta soltar  
las fuerzas de la orquesta  
en tuttis poderosos  
y más allá de la medida humana.  
Retenidamente creciendo,  
suave, lento  
- angustia en el corazón -  
soltando de a poco  
el sonido aún desconocido,  
el tema incierto,  
como buscando, deambulando,  
todavía no,  
más fuerte -  
ya insinuándolo aquí,  
ya diciéndolo allá,  
aún sujetando,  
creciendo la fuerza,  
lento, seguro, más -  
y de pronto se vuelca  
majestuosa, irresistible,  
la ola de tu música  
sobre nuestros oídos  
expuestos y vulnerables,  
inmensa -  
marea poderosa,  
tormenta de cordillera,  
que nosotros escuchemos  
los vientos del alma  
remecer los cimientos del vivir,  
  
así como tú los percibiste  
cuando escribías  
en tu cuaderno.

Mostraste ese canto  
de violines benditos  
pasear su belleza  
por el aire de una tarde  
abierta y reposada.  
Sostenían las cuerdas  
la línea de la melodía  
con gracia infantil  
y dulce sonoridad.

Pareces tener  
el tiempo todo a tu lado,  
nadie puede apurarte  
así como vas dadivoso  
girando y rotando  
el sentido de tu música -  
que nada  
se pierda por descuido -  
tus músicos  
siguiéndote acordes,  
generosos,  
todos nosotros ganando  
la hora regalada.

Vives tu vida  
en grandes octavas,  
vas fortissimo aquí,  
piano allá,  
sostenuto o vivace,  
cantabile o staccato,  
y en tu orquesta  
las cuerdas están tensas  
a su plena fuerza,  
las maderas  
limpias y claras,  
y el timbal  
diciendo desde atrás  
el vigor de tus latidos -  
no conoce tu música  
emociones apocadas,  
vigorosas  
saltan desde tu intimidad  
al espacio  
delante de ti.

Algo de felino grande  
hay en tus gestos  
fuertes y graciosos,  
en tu música  
veraz y poderosa,  
en tu orquesta  
rápida o solemne,  
iracunda o adorable,  
delicada o temible -

algo suave y vigoroso,  
que avanza  
de paso en paso  
dirigido por leyes  
que intuimos  
a veces cerca,  
a veces lejos -

algo muy nuestro  
que se nos escapa  
cuando queremos  
tocarlo  
en respeto y caricia -  
claro, algo muy felino,  
bello y grande.

Cruzas.

Avanzas buscando,  
con cuidado probando,  
alterando o dejando,  
jugando con los tonos,  
con acordes y secuencias,  
indagando por la verdad  
aún inaudible.

Como raíces  
día tras día  
ingresando en la tierra  
van tus dedos  
hacia el teclado  
cavando galerías  
del saber,  
percibiendo  
pasajes y vetas  
hacia las entrañas  
del ser.

Y un día  
sientes que basta,  
que en el cuaderno  
las notas que escribas  
todo lo tendrán,  
vigor, simpleza y claridad -  
y que en la orquesta  
tus músicos cantarán  
otra vez  
un nuevo trozo de la verdad  
que nos incumbe.

Hambre,  
es hambre lo que te mueve,  
la presión que te empuja  
hacia nuevos lugares  
del universo audible,  
jugando, sufriendo,  
alegre o con pena,  
nunca te importa  
sino adelante hacia más,  
hacia la densidad del acorde,  
hacia la simpleza  
en melodía o ritmo,  
belleza o silencio,  
hacia el peso de la sangre -  
hambre  
de más verdad  
en el sentir que madura,  
en el giro impulsivo  
o en la gracia musical -  
hambre  
de vivir y de cantar  
los tonos que nos son.

Una muchacha  
de entre las violas  
se puso de pie  
y dijo a nombre de todos  
que hoy eras tú  
quien había de escuchar,  
que hoy querían darte  
ellos a ti,  
devolverte  
un poco de lo recibido,  
un pequeño presente  
para quien a diario va dando,  
y que no te dejarían dirigir.

De las más bellas piezas  
que algún día compusiste  
eligieron una  
y la interpretaron  
con miradas felices,  
música  
que lleves para siempre  
en tu corazón conmovido,  
canto que no olvides  
en tu alma sensible  
- gracias, maestro, gracias -  
esta tu música.

Seriedad invernal  
cayó sobre tu andar  
y transformó los ritmos  
de tu música emotiva.

Estilizadas líneas  
escribiste en tus cuadernos,  
y los acordes  
apenas iban insinuados.

Algo se había movido  
en los meses pasados,  
y casi tropezando  
cruzaste los días.

Silencio se hizo  
y avanzaste mudo  
por lugares musicales  
de otros tiempos.

Una tarde  
una gota tibia  
derritió  
tu invierno.

Leo  
en tus cuadernos  
la música que has escrito  
en días solitarios,

tonos y acordes  
que en el piano aquí  
interpretaste después  
con seria felicidad,

y a mí quería parecer  
que la línea del teclado  
se hacía curva y blanda  
con tus voces veraces.

En la contratapa  
de un cuaderno,  
con letras chicas,  
escribiste:

Decálogo

duermo  
miro  
admiro  
me entusiasmo  
desafío

suelto  
medito  
reverencio  
agradezco  
me entrego

Y me pregunto  
qué hace esto  
en tu cuaderno  
de música.

Lento cantabile  
escribiste,  
y ahora frente a tus músicos  
lo querías  
lento y cantabile,  
pero temían exagerar  
cuando tú los exigías,  
creían no posible  
más lento  
sin embargo cantando.  
Los cellos  
son el futuro del mundo,  
dijiste,  
de nuevo, por favor,  
es posible.  
Y lo intentaban,  
- otra vez -  
sin paz o sin canto.

---

Dejaste ir,  
ya será.

Pasaron semanas,  
y siempre volvías a la pieza,  
casi jugando,  
a ver qué madura  
en sus corazones inseguros.

Pero un día  
estaba en los cellos,  
estaba en la orquesta,  
la majestuosa serenidad  
cantando lo bello,

diciendo  
en tiempos de paz  
la melodía poderosa  
de tu osado intuir,  
de tu humilde saber,  
tocándola ahí  
tus músicos amigos.

Vueltas, den vueltas, decías,  
déjense llevar,  
embriáguense,  
como niños busquen marearse,  
los instrumentos graciosos  
marcando el ritmo,  
la contagiosa melodía  
corrompiendo convicciones,  
tontos y felices  
esta preciosa vez,  
que también lo sean  
quienes escuchan  
y ahora de a poco  
se entreguen rendidos,  
girando, girando, girando.

Bosque grandioso,  
vida ascendiendo a la luz,  
sombras transparentes  
entre troncos de vigor  
invitando a caminar  
de asombro en asombro,  
frescura y aromas  
acariciando la piel,  
- qué bella evidencia  
a toda reverente oración -

igual ahora aquí  
en las fuentes de tu canto,  
bosque interno,  
complejidad maravillosa  
de emociones madurando  
su lento crecer  
- incierto, tierno y vulnerable -  
hacia la conciencia receptiva,  
tonos benditos  
buscando la salida acorde  
en la luz musical  
de tu día de armonías  
- artista espiritual -  
¡qué naturaleza!

Te sorprendí escribiendo  
una elegía del dolor  
en uno de tus cuadernos  
más reservados.  
Construiste la pieza  
sobre golpes de timbal,  
lentamente avanzando  
por paisajes desolados,  
penas melancólicas  
entretejidas con renunciadas,  
trémolos y suaves caricias,  
o más tarde, distinto,  
sobre golpes chúcaros,  
sí, explosiones de rabia,  
o ya sin aire  
angustia sin fin,  
un ritmo brujo  
cruzando compases,  
vigorosos aquí, delicados allá,  
pero siempre dolientes,  
anhelos destruidos,  
heridas abiertas,  
frustraciones innecesarias  
alineadas como perlas  
de un secreto rosario,  
país sin esperanza -  
extraña elegía  
en tu timbal querido,  
andante espressivo,  
piano sostenuto,  
forte, ritardando,  
presto fortissimo,  
più forte,  
più forte,  
più forte.

Era la pausa  
de media mañana -  
tus músicos platicaban  
con soltura y buen humor  
saltando de tema en tema,  
risas este grupo,  
otro allá más grave,  
amistad estaba en el aire,  
un viento ligero y natural  
de personas que se quieren  
paseando entretenidos  
por el tiempo compartido.

Esta música  
no es frecuente en mi corazón,  
les dijiste  
alabándolos, envidiándolos,  
esta liviandad  
fuera de pentagrama,  
así -  
regalada  
a mitad de mañana.

En tu andar  
está tu carácter.

Ibas de mañana  
a un ensayo con la orquesta:  
en la conducción de tus pasos  
noté un peso de ánimo,  
una dirección tentativa  
de varios intereses simultáneos,  
un oscuro anhelar algo  
que recién sólo madura  
y aún no se expresa  
a la clara e inambigua luz  
de este día iniciado,  
una seriedad curiosa  
abierta a sonrisa o dolor,  
quién sabe,  
tu caminar cimbrante  
mostrando la compleja mezcla  
de tu motivado ir.

Y más tarde, claro,  
tus amigos interpretaban tu música  
como quien repite tu andar:  
cellos y contrabajos  
expresando tu vigoroso trasfondo,  
el timbal diciendo tu ritmo  
o saltando en síncopes  
de aparente desorden,  
clarinetes de pena y oscuros anhelos  
diciendo tus dudas numerosas,  
oboes en dedicado cariño  
abriendo espacios queridos  
para cantar los frutos  
de este tu andar.

Eres un inútil  
así como cantas  
los cimientos del vivir.

Eres un vago  
caminando entre emociones  
que llevas a notas y líneas.

Eres un fugado  
cuando te liberas  
en reverencia o gratitud.

Eres un nadie  
frente a lo profundo y lo bello  
del momento que te es.

Concierto  
para violín y orquesta  
en re mayor.

Gran parte de tu vida  
pensaste,  
anhelaste,  
dudaste  
en escribirlo.

Pero un día  
tarde en primavera  
lo iniciaste  
y avanzado el verano  
estaba listo.

Todo el amor  
que un hombre siente  
por la mujer amada,  
toda la dulzura  
que ella transmite,  
las ternuras,  
los latidos inciertos  
frente a la fruta  
de vida y fuerza,  
el ir y venir  
entre sí y más,  
la inmerecida grandeza  
de tanta felicidad -  
todo,  
todo estaba ahí  
impreso en los pentagramas  
de tu nuevo cuaderno.

Al primer violín

- frente a toda la orquesta -  
le dijiste un día:  
toma, es tuyo,  
mañana lo iniciamos.

Trabajó  
con la misma seriedad  
con que siempre trabaja,  
amigo de sus amigos,  
leal contigo,  
y por vez primera  
estrella  
de su propio saber.

Lo estrenaron un viernes.  
Los músicos estaban tensos -  
se veía en sus caras maduras,  
sus ojos brillaban  
en amistad y compromiso,  
estaban de acuerdo  
para una gran oportunidad.

La realizaron.  
Amigos del amigo  
le devolvieron admiración y respeto  
desde sus almas conmovidas  
por lo que él iba haciendo  
con cuerdas, madera y arco.

Tu amigo  
de mirada honesta  
cantó su vida  
con sus dedos sensibles  
y su brazo vigoroso.

No hubo cuerda  
en el corazón  
que no hizo vibrar,  
mostró don y gracia  
con viril entrega,  
superó lo difícil  
como un niño  
jugando alegremente  
y frente a la orquesta  
fue el prodigio maduro  
que nadie conocía.

La gente se irguió,  
aplaudía sin fin.  
Se levantó la orquesta  
y con instrumentos y sonrisas  
lo aplaudía.  
Él aún estaba serio,  
miraba sorprendido hacia la gente  
y se inclinaba.

Afuera  
una brisa de noche otoñal  
refrescó tu cara:  
tu corazón  
estaba lleno de la orquesta,  
pero más que nada  
de los pasos del timbal  
acompañando  
un violín enamorado.

Pensar es fácil, decías,  
sigues los pasos  
de números o esquemas  
y aplicas las reglas,  
fácil si miras  
y dedicas tu tiempo.

Otra cosa  
es sentir y no saber  
lo nuevo, el temor,  
las olas profundas  
que abajo se desplazan  
y a uno lo mueven.

Lo claro, lo seguro,  
son juegos de la mente,  
decías sonriente,  
pero con algo más serio  
se llenan  
cellos y timbales.

Fuimos audaces, les decías,  
cuando el ancestro  
se levantó antaño  
y equilibró su cuerpo,  
o más tarde,  
al dar unos pasos.

Lo fuimos  
al nadar a la otra orilla,  
o al confiar  
en extraños,  
sin experiencia  
y de corazón incierto.

Seámoslo ahora,  
propusiste,  
y demos voz  
a esto que nos es,  
afinadamente  
osando y confiando.

Tu música  
lleva impresas las huellas  
de fuerza y libertad.  
Ya nadie imagina  
tus primeros pasos pequeños  
antaño en la infancia  
cuando jugabas con teclas,  
con llaves y cuerdas,  
el lento crear amistad  
con partes de instrumentos,  
las piezas simples y bonitas  
en que arraigaban  
tus fantasías infantiles,  
como bloques subiendo  
entre manos inciertas  
tentando el nuevo equilibrio -  
y después los tonos,  
los preciosos,  
invitándote a hablar,  
a dar y tomar  
lo que quiera ser  
en el mundo musical.

Ya no se ven  
tus esfuerzos posteriores,  
las horas dedicadas  
a cultivar la destreza,  
el ágil seguro dominio  
de un oficio exigente,  
ni tampoco los quiebres,  
las renunciadas o el desamparo  
con que forjaste tu alma  
entre tonos, trinos y acordes,  
el lento crecer de cara  
a lo fuerte, a lo difícil,

o el humilde inocente aceptar  
las bendiciones del vivir,  
de ser y de cantar.

Nada de esto  
se percibe ya  
en tus conciertos vespertinos,  
en tus generosas expresiones  
de fuerza vital,  
de libertades y juegos,  
de anheladas maestrías del alma  
vibrando en salas  
repletas de sentido.

Eres  
el maestro de los giros,  
de las graciosas vueltas  
de melodía y ritmo -  
pero a veces sientes  
que es a ti  
a quien giran fuerzas  
de una otra más grande  
y misteriosa música,  
y te exponen  
a nuevas caras del ser,  
a retos desconocidos  
que intentas enfrentar  
incluso bajo dudas,  
tanteando, indeciso,  
como sordo, sin saber,  
madurando lo difícil,  
vueltas y vueltas.

Entonces  
tu propia música  
te parece pequeñez  
entre estas poderosas gracias  
que apenas tu corazón  
aventura intuir y entender.

Un paso por vez,  
lento y con cariño  
- así aprendiste a andar -  
cuidadosamente escuchando  
si de entre los ruidos emerge  
una expresión comprensible,  
si la música profunda  
en el fondo de tu intimidad  
de a poco llega  
a tu oído atento.

Preguntaste a los músicos  
qué les gusta,  
qué querrían cambiar,  
cómo les va.

Se miraron.  
Guardaron silencio.  
Uno de ellos te miró,  
otro te nombró y agregó  
tanteando su parecer,  
otros se sumaron  
y luego querían todos decir  
su personal opinión  
sobre mil cosas.

Te inclinaste hacia adelante  
y sobre el atril  
diste descanso a la batuta,  
propusiste  
cruzar al frente  
y tomar refrescos  
al tiempo de conversar  
tantas buenas ideas.

Como niños felices  
salieron del teatro  
tus músicos adultos  
y al otro lado de la calle  
festejaron las horas distintas,  
comieron, bebieron,  
hicieron bromas  
y contaron sus vidas  
con ojos brillantes.

Todo tono  
como nuevo,  
les dices,  
como recién inventado,  
sin saber pero intuyendo,  
avanzando  
por las vías del corazón  
como componiendo,  
poco a poco  
intentando la frase  
- pudor en la mente -  
poco a poco  
madurando el sentir,  
o en otras triunfando,  
con feliz seguridad  
cantando la emoción  
clara y liberada,  
tonos nuevos, genuinos,  
en medio del ahora.

Belleza,  
les dices,  
es la verdad.

Y la verdad  
está en la vida,  
en los mil pasos al crecer,  
en el difícil madurar,  
en los quiebres y en los logros,  
en la apertura de la primavera  
hacia la luz brillante  
y en los oscuros días otoñales,  
cuando el corazón no quiere  
y todo es pesado.

Para esto fueron hechas  
las cuerdas, las maderas,  
les dices,  
que vibren contando  
nuestros intentos,  
nuestros esfuerzos,  
la devoción  
por honestidad y verdad  
y su expresión afinada  
en los cantos  
que presentamos  
como la orquesta  
que somos.

Te respeta  
como a un buen padre.  
Recuerda el día  
en que conversaron  
sobre la historia del timbal  
como la consagración  
a su propio oficio,  
como día nuevo  
de una vida nueva  
en una música distinta.

Con cálida voz  
te puede contar su vida  
desde entonces,  
el solemne lento caminar  
hacia la paz de la tierra,  
o hacia el placer  
en tardes desplegadas,  
pero también  
hacia las locuras de la sangre,  
hacia la fuerza,  
hacia la explosión y el caos  
en la conciencia doblegada,  
pero de vuelta instantánea  
hacia nuevas vigorosas locuras,  
sorpresa y rapidez  
en los latidos del corazón  
apenas capaz,  
semana tras semana  
abriendo osadías  
para los amigos en la orquesta,  
lo humilde y lo decidido  
de sus nuevas convicciones,  
el rigor en los tiempos  
y la disciplina de

silencios y reencuentros.  
Te puede mirar a los ojos  
como un animal serio  
que no duda  
quién es, qué es importante  
o qué le interesa.

Escribiste  
para los violines  
un staccato delicado,  
un ritmo ligero  
como brisa sostenida,  
apenas real,  
pero en los cellos,  
en oboes y cornos,  
preparaste un crescendo  
entusiasta y contagioso,  
claro, de a poco  
ahora todos,  
una ola extensa y profunda  
cantando  
otra faceta musical  
de esta experiencia exquisita:  
la de ser.

Vulnerable y confiado  
vas con melodías y ritmos  
por entre la gente apurada,  
apenas consciente  
de todo el mal que crece  
en sus miradas inseguras,  
en sus amores perversos  
de tanta perversión sufrida.

Hija tras madre  
amó con inocente pureza  
y después cambió.

Jóvenes buenos  
más tarde militares.

Y tú cantando,  
por dios,  
como si nada,  
tú y tu orquesta  
rezando  
las fuerzas del vivir,  
los matices del sentir,  
las direcciones del alma  
y el lento desarrollo  
de una nueva capacidad.

Paz  
cae sobre tus párpados  
y tus músicos te siguen  
atentos.

El aire se transforma  
en la sala sorprendida,

Una canción  
madura  
de flor en fruta  
en sus instrumentos queridos.

Les toma el corazón.  
Ritenuto crescendo:  
la marea del alma  
en cada compás  
más vigorosa, más intensa,  
tus músicos sujetando,  
casi frenando lo imposible,  
más, más,  
validando el tiempo,  
que despliegue cabalmente  
su inmensa presencia.

Entonces dejan ir,  
sueltan,  
forte, fortissimo,  
vivace, più presto,  
volúmenes del sentir  
expresando  
su intensidad exuberante,  
cantando  
su poderosa verdad -  
tus músicos amigos,  
los corazones tomados.  
Has abierto  
sus corazones palpitantes.  
El mundo entra y sale  
por sus oídos dispuestos,  
no sólo al tocar  
van atentos al decir del otro,  
sino en vida y naturaleza,  
en silencios y anhelos  
integran a armonías musicales  
los tonos dispersos  
de todo cuanto quiere decirse  
aquí y allá

desde su propia válida existencia,  
y a veces escuchan hacia adentro,  
a lo que dentro de ellos emerge  
como tonos del alma,  
lo integran  
a armonías más complejas aún  
- casi compositores ellos mismos -  
tan abiertos de corazón  
que se perciben transparentes,  
uno en todo,  
todo en uno,  
tus músicos valientes,  
tus músicos sensibles,  
así como tocan,  
así como viven,  
así como van  
del teatro a su casa  
y de su casa al teatro.

Bajo el piano  
viste una hoja suelta  
que recogiste sorprendido.  
Había notas escritas  
que te costó memorizar  
de dónde venían -  
y pronto sonreíste  
al reconocer esto  
tan cercano a tu corazón  
ahí olvidado en el suelo.  
Tomaste un cuaderno  
y en las horas que siguieron  
hasta bien medianoche  
escribiste episodios  
de tu caminar musical  
osado y nuevo,  
un canto fuerte  
emergente de mareas del alma  
y esbozado días atrás  
en un papel cualquiera.

Uno de tus profesores  
allá antaño en la niñez  
te regaló un libro  
amarillento y arrugado,  
- Teoría de la Música -  
del cual él había aprendido  
cuando fue él un niño.  
Alguien escribió adentro  
con letra grande y cuidada:

"Que donde haya ruido  
yo escriba tonos,  
que donde haya palabras  
yo cante melodías,  
que donde haya desorden  
yo cree armonía,  
que donde haya vida  
yo la exprese."

Quién sabe  
en esos lejanos tiempos  
cuánto te intuyó  
el desconocido escritor  
a ti, tus días,  
tu música y  
a tu orquesta.

Tu música  
es como tu pelo suelto al viento,  
como tu vestón desordenado y abierto,  
tus músicos lo saben y sonríen,  
pero más te respetan:  
no está en tus voces polifónicas  
lo perfecto, la idea sublime,  
sino las mil maneras del día:  
lo perfecto es lo silvestre,  
te gusta decir,  
y la excelencia está  
en el baile, en el juego,  
y en el tono que nace.  
Quién tiene el tiempo, preguntas,  
para afanar y pulir  
con tanto que aprender y madurar,  
quién puede, por dios,  
con tanto  
que oír o expresar,  
agua sobre aguas,  
el torrente de vida inagotable  
llenando cuadernos, instrumentos  
o almas atentas.

Pediste que repita sola  
los últimos seis compases:  
pero apenas hizo murmullos  
con su cello precioso -  
no sé, dijo en queja, no sé,  
casi llorando -  
me recuerda de niña  
un primo diciendo cosas  
que yo no entendía.

Y ahora, dijiste con calma,  
qué no entiendes ahora.

No sé, y calló - y después:  
vi un caballo, no,  
una yegua grande -  
y lloró frente a todos,  
lloró y soltó su cello  
nerviosa buscando algo.  
Otra cellista ahí cerca  
fue y puso sus brazos  
en torno a la mujer.  
Todos quisieron abrazarla  
y golpearon cuerdas y atriles  
como aplaudiendo.  
Repuesta más tarde  
sonrió avergonzada en redondo  
y dijo mil gracias.  
Nadie supo  
el final de su historia,  
o lo de la yegua,  
pero ahora de su cello  
emergía sensual y profunda,  
compás tras compás,  
una verdad liberada.

Más amargo, dijiste,  
lo quiero más amargo,  
así como son las renunciadas  
y algopreciado se cierra:  
que esté en violines,  
cellos y timbal:  
amarga retracción,  
que vibre en los acordes,  
que duela en los oídos  
y la piel se contraiga.  
Tus músicos  
no querían sufrir  
- quién lo quiere -  
pero insististe, pediste,  
más amargo, más.

Se transformó la sala,  
seriedad, pérdida y dolor  
flotaban en el aire  
y amargura se adueñó  
de corazones acongojados.

Después de una pausa pesada,  
larga e íntima:  
El Consuelo,  
lento, dulce.  
De acorde en acorde,  
lentamente,  
como buscando,  
como tanteando,  
yendo aquí, yendo allá,  
hilando tonos  
crece una melodía  
por fin audible,  
girando y volviendo

y ahora entera:  
emergió la paz,  
el dulce reencuentro  
de vida y corazón,  
bondad en la piel,  
la embriagadora belleza  
del sonido humano  
mostrando sus pasos  
vulnerables, simples, llanos -  
luz brilló sobre la sala,  
atriles e instrumentos,  
sobre la orquesta  
emotiva y sensible.

Te inclinaste reverente  
hacia tus músicos amigos  
y dijiste con fuerza:  
muchas gracias.

Juegas.  
No paras de jugar.  
Cuántas veces  
has metido tu juego  
en medio de las tinieblas,  
del andar apesadumbrado,  
has penetrado en lo oscuro,  
jugando, girando -  
dando vueltas el sufrir,  
avanzas  
en medio de lágrimas  
y de no saber,  
pérdida tras pérdida,  
el dolor en la frente,  
te acercas al terror,  
lo cruzas cantando  
con voz seria:  
casi un mago  
para quienes te vemos  
del lado del camino,  
para quienes leemos  
en tus cuadernos  
las piezas escritas  
o para quienes oímos  
tocar a tus amigos  
de la orquesta.

Juegos del corazón  
en tus manos de artista,  
tonos, acordes -  
y un timbal amigo  
nunca muy lejos  
de ti.

Compiten  
unos con otros,  
afirmaste,  
pero nosotros aquí  
conquistamos espacios  
para todos,  
espacios del sentir,  
de osar y vivir,  
canciones nunca oídas,  
melodías inocentes,  
acordes  
de biología madurando,  
lentamente diciendo su ir  
en medio de bosques  
extraños a la mirada humana.  
Agregamos donde pelean,  
fuimos honestos  
entre armonías naturales  
y llenamos el aire  
con lo que expresamos:  
esta música orquestal  
que nos es dado  
intuir y componer,  
leer, sentir y tocar.

Me dices que sea suave,  
que no sobresalga,  
que exprese dulzura,  
y que en los forti  
dé soporte a los débiles.  
Pero ¿cuándo, maestro,  
cuándo puedo mostrar  
la fuerza radiante  
de mi trompeta querida?

Inhalaste profundo  
y te inclinaste  
hacia tu joven amigo y le dijiste:

Tocaremos el concierto  
que escribí años ha,  
y serás el solista.

Ensayaron sorprendidos  
la pieza guardada  
y dieron vida a las notas  
del extraño cuaderno.

El inicio era disperso,  
había confusión y ruido,  
la trompeta vagaba  
y ni un alma  
encontraba sendero.

Dijiste renuncia  
en muchos contritos compases,  
voces orquestales  
yendo y viniendo -  
y nadie sabía de dónde  
a dónde se va.

La furia del timbal  
interrumpió  
la dirección fatalista:  
basta, no más,  
¡aire, luz!  
Apenas  
- pianissimo -  
de entre la orquesta,  
emergía pudoroso  
el tema feliz -  
ahí  
estalla la fuerza juvenil,  
el impulso irrefrenable,  
fantasías locas,  
ideales, ganas,  
la trompeta querida,  
la trompeta radiante  
cantando la vida  
hacia el futuro abierto,  
alegría de estar,  
de ser y compartir,  
vamos orquesta,  
alegría de tocar,  
alegría de escuchar,  
alegría de vivir  
este ahora  
intenso y feliz  
irradiando  
hacia el mañana  
la plenitud  
de nuestras vidas.

El joven trompetista  
te escribió una carta  
el día siguiente al estreno.

Se tomaba unos días,  
pero antes  
te daba las gracias.  
En su estilo viste  
humildad.  
Un acorde armonioso  
emergió  
en tu oído de artista.

Música  
es un árbol,  
dijiste.

Estamos aquí  
para mostrar  
raíces y ramas,  
hojas, frutos,  
savia y corteza  
y la sombra bendita,

nuestra orquesta  
de amigos artistas,  
así como jugamos,  
giramos y volvemos,  
cantando esto  
que nos atañe.

En todo tono  
expresamos  
el mismo árbol,  
así como cruza  
las estaciones  
del año humano,

la madera  
que nos es  
en las direcciones  
que el momento  
musicalmente  
anhela madurar.

Muestra con tu oboe,  
le dijiste al amigo,  
cuán honesta es la duda,  
el camino incierto del alma,  
el anhelo inseguro,  
o la humilde melodía  
intentando su decir  
de dulzura y paz,

di cuán lejos  
está de ti  
pompa y orgullo,  
la maniobra vencedora  
en astucia o maña,  
el ademán arrogante  
en la dirección errada,

canta cuán clara  
es la secuencia  
de tus tonos emotivos  
intentando de nuevo  
si ahora resulta  
la melodía entera  
en el logrado corazón.

Durante las pruebas  
de esta mañana  
has creado  
con tu orquesta  
un volumen de silencio.

La sala así llenada  
de pronto se transformó  
en templo de veneración -  
y en su centro  
has hecho emerger  
una armonía  
de buen temple y  
seria congruencia.

Los cellos  
sostienen en lo profundo  
el sentido musical  
que asciende  
en cornos y fagotes,  
en violas, violines y vientos,  
serenamente, claramente,  
sentido intenso  
que a todos nos envuelve  
y nos lleva  
generosamente por el tiempo  
y de acorde en acorde  
- de emoción en emoción -  
por distintos matices  
de tu verdad humana.

La pieza llegó a su fin.  
Tus músicos  
no logran reponerse,  
han quedado inmersos  
en medio de sus almas,

no quieren salir,  
ojos conmovidos.  
Quizás están impresionados  
de lo que hicieron,  
de lo que lograron -  
y a mí,  
extraño en la sala,  
me dan ganas  
de subir al estrado  
y mirarte a la cara,  
tomar tus manos  
y apretarlas en gratitud.

Pero el aire de la sala  
ya ha cambiado,  
los músicos han vuelto  
a moverse y conversar  
y tú buscas algo  
en la partitura  
como quien ha perdido  
anteojos o llaves.

Afuera,  
me parece,  
la calle está abierta  
como herida reciente,  
y caminar  
se hace difícil.

Rumores  
habían circulado, es cierto.  
Pálido entró a la sala  
uno de los cellistas  
papel en mano:  
nos tenemos que ir.

En vez del teatro  
se levantará aquí  
un parque de diversiones,  
con banco y restaurante.  
Mudos quedaron tus músicos  
y tú también.

Tu brazo se movió  
como marcando un ritmo,  
tu mirada  
saltó aquí y allá  
y después buscaste  
dónde sentarte.

Nadie quiso  
seguir el ensayo, está claro,  
y tú preguntaste  
por personas y fechas,  
y estimaste  
el futuro cercano.

Hasta mañana, entonces,  
dijiste,  
y volviste a casa  
caminando lentamente,  
mirando en los jardines  
y en tu oído interno  
buscando.

La orquesta  
perdió sonido  
y todos lo sabían,  
trataban y afinaban,  
pero nada resultaba  
como en otros días.

Más de alguno  
miraba de reojo  
y casi con culpa,  
muchos suspiraban  
o movían los pies  
sin querer.

Y tú  
no querías dirigir,  
cansancio  
pesó en tus brazos,  
la vista  
perdía la partitura,  
no, no querías.

Doce días adelante  
encontraron sala,  
una sala apenas adecuada,  
más chica, más modesta.  
Pero ella haría posible  
continuar con el oficio  
bello y veraz.

Cuando hicieron caer  
la primera muralla  
de tu antiguo teatro  
estaban todos presentes,  
miraban en silencio,  
serios, atentos,  
integrando la imagen.

Estrenaron la sala.  
Pero antes,  
la noche anterior,  
crearon un rito.  
Hicieron memoria  
del antiguo teatro,  
del tiempo allí compartido  
y dieron gracias.  
Un muchacho  
cantó en su contrabajo  
una melodía querida  
de aquellos tiempos,  
un cellista se sumó,  
y juntos jugaron  
en torno al sentir común.  
Lágrimas cayeron,  
muchos se abrazaron  
y tú pediste dar gracias  
una vez más.

Poco a poco  
se fueron encontrando,  
fueron queriendo  
el nuevo espacio  
y nombrando  
esta o aquella ventaja.

Tu ánimo volvió  
y casi hacías bromas.  
Compraste cuadernos  
que te faltaban  
y estuviste ocupado  
en las noches.

Una violinista un día  
te preguntó por ti,  
y quienes la escucharon  
se volvieron a ti,  
a oír tu respuesta,  
a verte decir  
cómo te iba.  
Le sonreíste,  
gracias, me va bien,  
pero vivo cansado,  
trabajo de noche.  
Y te interesaste por ella,  
cómo le iba a ella.

Allegro forte,  
el primer movimiento  
de esta sinfonía  
simple y bonita,  
tus manos ágiles  
dando vida  
al ritmo alegre  
de la pieza transparente,  
tus músicos contentos  
mostrando su capacidad  
de inocencia y gracia.  
Era una bella inauguración,  
una vida nueva  
en la sala menor  
pero plena de futuro.

Familiares tuyos  
te invitaron  
y viajaste lejos.  
Fui con tiempo  
a la pieza del piano  
y leí en papeles sueltos  
lo que habías anotado  
aquí y allá  
en las últimas semanas,  
esperando encontrar  
tus últimos cuadernos.

Los habías cubierto  
con ropa y un abrigo,  
como un niño casi  
escondiendo lo suyo.  
Leí y leí,  
sin comer,  
sin tomar descanso,  
horas y horas  
hasta avanzada la noche,  
día tras día,  
música, más música,  
tonos, acordes,  
claro, tu timbal  
en todas partes,  
una y otra vez,  
melodías emergentes  
hilando armonías  
que se disolvían  
en nuevas riquezas,  
qué días, por dios,  
leyendo  
en tus cuadernos.

Encontré  
en tus cuadernos  
una expresión espiritual  
más decidida,  
más asertiva que antes,  
columnas verticales  
de un sentir sublime,  
luz  
desde las profundidades  
de nuestro ser  
subiendo,  
ascendiendo hacia más,  
hacia las alturas  
de la vista,  
ya trascendiendo,  
música clara y sagrada  
escrita aquí  
para mañana interpretar  
con los músicos  
de tu orquesta madura.

En tus creaciones veo  
más libertad que antes,  
más mezclas de voces,  
    más verdades  
mutando como si nada  
de compás en compás,  
    riquezas del alma  
    cantadas con  
simpleza y soltura.

Casi leo una biografía  
en tus muchos cuadernos,  
    un antes musical  
avanzando hacia un hoy  
    y hacia adelante,  
hacia tu futuro de edad,  
    hacia composiciones  
inauditas a tu propio oído,  
    todo un madurar  
de ejemplo para el nuestro,  
    artista honrado,  
    biografía  
que traduzco a lo nuestro,  
    a ver si reconozco  
    lo que también  
de nuestras propias vidas  
    retratan  
tus acordes y ritmos  
y líneas cantadas.

A tu vuelta retomaste  
los ensayos matutinos,  
sinfonías, conciertos,  
piezas sueltas,  
el repertorio musical  
que este año presentarías  
en la sala menuda.

Se alegraron  
cuando te vieron llegar.  
Como en viejos tiempos  
se levantaron de sus asientos  
y te saludaron contentos.  
Mientras arreglabas  
notas, atril y batuta  
me retiré y salí  
a la calle ruidosa.  
Una voz conocida  
escuché aún adentro decir:  
adagio, mezzo piano.

## **El Dibujante**

- página en blanco -

Eliges un café claro.  
Trazas el perfil  
con rapidez,  
agregas carácter  
con líneas verticales  
- iris, nariz, comisuras -  
y sombra en la sien,  
equilibras  
con párpados, cejas, labios,  
el cuello se abre  
hacia abajo  
a hombros insinuados,  
y describes el pelo  
como delicada fuerza.

Un retrato espiritual.

Desde el papel  
te mira una persona  
sensible, sola, atenta -  
dime, artista,  
¿a quién recuerdas?  
¿quién es?

Sueltas  
el papel de la tabla  
y lo dejas  
arriba de unos libros  
sobre la mesa.

Soy curioso,  
veo tus muchos lápices  
y me pregunto  
qué te llevó a elegir  
el color que usaste.

Me dijiste semanas atrás  
que me enseñarías, que sí,  
que estaba bien.

Pero me has enseñado  
a callar, a tragar  
preguntas y dudas  
y a ir junto a tus cosas  
con manos ocupadas.

He dibujado mil veces  
tus libreros,  
la mesa, las dos sillas,  
la ventana, la estufa,  
la mesita de arrimo,  
el atril, la lámpara,  
el candelabro, el resto de vela,  
los fósforos, tu cello,  
la puerta, su manilla anticuada,  
las tazas, la tetera, la cocinilla  
y la cafetera amiga.

A veces siento  
riqueza en el silencio,  
y el lápiz en la mano  
se comporta distinto:  
¿estoy aprendiendo?

En tu taller  
se respira distinto, más abierto,  
el aire es más claro,  
incluso las cosas, parece,  
brillan un poco en los cantos.

Es todo un asunto la sensibilidad,  
cómo la traes a tu vista,  
cómo viven las cosas  
cuando las observas y las dibujas -  
con cara despierta y manos libres.

Es fácil quedarse con lo que queda,  
con las líneas, con los trazos,  
con la imagen -  
pero hace días ya  
ando a la búsqueda de lo que está antes,  
antes que tomes el lápiz,  
ando buscando lo que te trae al taller,  
al papel,  
a ver si descubro  
la vertiente de tu oficio,  
el origen silencioso y generoso  
de cuanto haces.

Vulnerable y creativo,  
cómo es eso,  
sensible y autónomo,  
delicado y seguro -  
cómo puedes.

Quizás  
un torrente muy fuerte  
subyace a lo que haces,  
y te permite  
lo amplio y lo profundo.

Busco observarte sin molestar,  
y lo que veo está más cerca  
de nuestro pasado animal  
- atento y sensible -  
que de lo humano que hoy somos -  
poderosos y tensos.

La inocencia de tu mirada  
está también en la mano,  
en el lápiz, en la imagen -  
y aquí ahora  
en mi vista aprendiz.

Sacaste dibujos  
que tenías guardados en cajones y carpetas  
y me los presentaste  
según fuiste cambiando con los años,  
a ver si yo veía lo que querías mostrarme.  
Tuve mis dudas.  
Había temas que volvían,  
caras, espaldas, manos, hojas, arbustos,  
árboles, muebles, tazas, tu taller.  
Incluso había tipos de trazos,  
blandos, fuertes, gruesos, finos,  
que con el tiempo volvían.  
Vi entonces un río  
de búsquedas, de juegos expresivos  
y de preguntas sutiles,  
una historia narrada en papeles  
blancos, amarillentos, cafés -  
y yo ahora aquí que sepa lo que veo.  
Sí, dijiste, temas y trazos,  
si soy siempre el mismo -  
pero mira,  
lo que cambia no está ahí,  
sino el papel lo recibe,  
este progresivo desde dónde hacia dónde,  
la historia, que dices,  
esto está antes del trazo -  
y mucho después.

Arte, me dijiste, es osadía,  
nada más que ser valiente,  
eso y nada más.

El trazo, después, es entretención,  
es juego de niños, un premio casi  
para quien supo no bajar la mirada  
cuando todo parecía demasiado.

Arte, sonreíste,  
se crea en soledad,  
sin ayuda, sin amigos,  
sin sistemas de contención -  
arte son los pasos inciertos  
con que avanzamos  
frente a esto grande que nos es.

Arte es más que tema o trazo,  
pero en ellos, si los dominas,  
se expresa.

Estando solo un día  
volví a ver tus dibujos,  
y ahora, sin dudas, reconocí tu andar  
por espacios del crear.

Has dejado de insistir.  
Hay más aire hoy, más luz,  
tus objetos dibujados se sostienen inocentes  
en medio de su espacio, más vulnerables casi,  
llenos de gracia parecen gozar la luz  
en sus áreas expuestas,  
y no necesitan nada.

Claro,  
no vas convenciendo a nadie,  
quien quiere bien, quien no, igual,  
y sigues con lo propio  
sin perder el tiempo.

Más luz. Más aire.  
Inocencia.  
He guardado tus dibujos  
en sus cajas y carpetas.  
Vuelco la mirada sobre mi pasado  
y medito hasta tarde.

Amarillo y café claro,  
café gris y café oscuro, café muy oscuro:  
con cinco lápices creaste una sinfonía  
de luz primaveral sobre el sencillo papel.

¿De qué depresiones invernales  
más oscuras  
has sabido salir hacia vigor y paz,  
hacia la alegría de vivir,  
que ahora las expresas  
tan convencidamente?

¿O es primavera el talismán  
que aprietas en tus manos  
cuando recién vas y te sumerges  
en las aguas profundas del sufrir?

Tu cara quiere esconder  
el espacio del corazón  
donde se originan contenido y convicción  
para los dibujos  
que trazas más tarde.

Polimatía no te hace sabio,  
decía Heráclito, el solitario,  
polierga, agregas, no te hace artista -  
aunque suelta la mano.

Pero el hambre, la osadía  
y los silencios miles  
te acercan un poco.

Y yo saco conclusiones:  
que eres un enamorado,  
que eres un agradecido,  
y que lo que va por tus manos  
al lápiz y al papel  
es la belleza de la verdad,  
día a día renovada  
en tu conciencia  
de artista emotivo.

Las mujeres que dibujaste antaño,  
caras, hombros, pelo, senos y manos,  
sus caderas llenas de futuro,  
muestran en tu trazo atracción y magia,  
casi dan ganas de invitarlas e ir.

Años más tarde las líneas cambiaron  
y describieron destinos no siempre felices,  
caras cansadas, deslucidas,  
manos generosas, delgadas,  
o bajo los párpados una pena recogida.

Dibujaste también otras, más felices,  
que lograron volver y brillan realizadas,  
sus mentes rápidas  
integrando pasado y futuro,  
nunca muy lejos de la tierra fértil,  
del cariño y del compromiso,  
la mirada alegre.

Has querido comprender  
su naturaleza extraña,  
tan distinta a la nuestra,  
así como van al lado nuestro  
ágiles con niños,  
solidarias, cuidando,  
y más calladas  
con sus cosas profundas.

En los dibujos de ahora  
muestras, junto a tus preguntas,  
tu respeto aún más asertivo,  
en caras y cuellos, espaldas, manos,  
en la luz suave en torno  
a estos cuerpos femeninos -

y quizás yo algún día  
comparto tu mirada  
más amplia y madura.

Encontré la carpeta "Oraciones".  
En la primera parte hay  
muchas manos delicadamente juntas,  
de niños, de obreros, de mujeres,  
todas copiadas de óleos, frescos o dibujos  
de tus muchos maestros.  
Siguen copias de cabezas, de torsos,  
de cuerpos enteros, posturas sugerentes  
de horas silenciosas y santas.

Y después está lo tuyo.  
La cabeza de un perro  
mirando en diagonal hacia lejos.  
Un niño durmiendo.  
Una manzana.  
Una colina boscosa a contraluz.  
Otra vez tu perro.  
Montañas hacia el este  
antes que salga el sol.  
Un plato con verduras.  
De nuevo tu perro.  
Lluvia sobre el campo.  
Una pareja de la mano.

Respiré profundo,  
cerré la carpeta  
y salí afuera  
a la luz de la tarde.

Eres un hombre sencillo,  
pero en papeles de dibujo  
derrochas lo que no tienes.  
Guardados y protegidos  
los hay aquí en tu taller  
lisos, suaves, tersos,  
blancos en varios tonos,  
grises, azules, distintos cafés.

El que más me gustó  
es uno blanco marfil  
y sutilmente esponjoso,  
parece invitar a dibujar  
algo sensual y vivo  
sobre un trasfondo elegante -  
o simplemente a jugar  
y pasar los dedos por encima  
de su superficie sensual.

Quizás qué tienes pensado  
hacer con cada uno,  
así como los cuidas y reservas  
para los días del futuro.

A donde nos quieran llevar  
nuestras conversaciones,  
siempre siento un patrón  
que le imprimes al devenir:  
los frutos de la tierra  
pareces devolverlos a ella -  
en un permanente giro  
de abono y aireación.

Tus dibujos  
al servicio de tu ánimo.  
Tus ideas  
enriqueciendo la sangre.  
El espíritu  
alimentando tu cuerpo.

Incluso tus emociones,  
al ascender a tu conciencia  
y convertirse en  
convicción, expresión y belleza,  
parecen querer caer de vuelta  
- transformadas y trazadas -  
hacia el fondo oscuro  
que les dio su origen.

Y con toda ingenuidad  
te atreves a decirme  
que sabes desprenderte  
de tus cosas,  
de papeles y lápices,  
cuando sé que son  
tan íntimamente  
parte de tu biología.

La vista engaña,  
me has dicho varias veces,  
nos saca del centro invisible  
donde sucede todo lo importante.

¿Sabes volver a ti?,  
me miras inquisitivo  
y yo querría contestarte sí.  
Deberíamos ser ciegos,  
dices,  
y vivir así para aprender.

Pero en tus dibujos  
está la otra verdad,  
por suerte,  
la belleza que has expresado  
de papel en papel,  
imagen tras imagen,  
exquisitamente visible.

He tomado este dibujo  
y lo he contemplado  
con toda libertad.

Representa  
una pluma de queltehue,  
los blancos y negros  
brillantemente contiguos,  
como recién desprendida,  
una pluma  
que yace sobre el pasto.

Has mostrado tu cariño  
por este pájaro precioso  
con líneas asertivas y claras,  
has recreado en estos trazos  
su mundo intenso de paz y silencio,  
como lo es su vida sobre la pradera abierta  
cuando nada lo altera  
y pasa las horas de su vida genuina  
junto a su familia.

Parece flotar,  
así apenas apoyada como está  
sobre las hojas más largas.

A veces ríes como un niño,  
ingenuo y sorprendido,  
por algo que pasó,  
por un error de alguien  
o por una idea loca.

Hoy fue así.  
Me serviste un café  
y al pasarlo  
se te cayó de la bandeja,  
se perdió el café,  
la taza quedó acostada,  
el platillo rodó,  
chocó en tangente  
y siguió rodando lejos  
hasta la otra muralla.

Reíste de buena gana -  
por el café, por la taza,  
por el platillo feliz, quién sabe -  
o quizás qué se liberó  
en tu alma despierta.

Me serviste otro café  
y al pasarlo brillaban tus ojos  
con más risa aún:  
y así,  
en los momentos siguientes,  
hemos tomado  
el café más alegre de nuestras vidas,  
niño irremediable.

Me cuesta pensar  
que lo que has hecho  
será decoración  
colgada de alguna pared  
para deleite fugaz de quienes mirarán  
conversando entretenidos  
sin cambiar sus vidas.  
Fui y te lo pregunté.  
Parecías no comprender,  
observaste a lo lejos  
y te costó encontrar palabras.  
Hablaste de distancias, de mundos,  
de diferencias,  
y mientras más buscabas  
cómo decirme lo que querías  
- la gentileza por delante -  
más intuía que no,  
que la pregunta era un error,  
que no estabas ahí donde te suponía,  
que mejor no seguir.  
Te ofrecí un café.  
Te conté de mi infancia  
a los siete o los ocho años,  
de mis primeras lágrimas  
sobre una alfombra conchovino  
al escuchar Mozart o Schubert,  
¿qué habrá sido?,  
de mi incipiente arte  
mientras trabajaba  
en cosas sin importancia.  
Te soltaste,  
jugaste con lápices un rato  
y después me dijiste  
dibuja eso.

Tus dibujos,  
las conversaciones, el taller  
y las largas horas dedicadas a tu arte  
son como el trigo en un campo abierto  
que el viento  
mueve hacia el mismo lado.

Algún amor por la vida,  
- honesto, enamorado -  
sopla en lo que haces  
y deja su marca de devota dedicación.

Te gusta hablar de osadía,  
pero yo creo que más es congruencia,  
que no puedes de otra manera,  
por muy bella que ella sea  
cuando te toma y te arroja  
contra lo ignoto.

Madura tu trigo,  
en trazos, en imágenes,  
en el sentido humano  
que tu viento  
arranca de este campo.

¿Qué fue de tu perro?,  
te pregunté un día.  
Murió, me dijiste,  
estaba viejo y enfermó.  
Era en otra casa,  
lo enterré en el jardín,  
a la sombra de unos arbustos,  
y las hojas otoñales  
pronto cubrieron el montículo.

Claro, agregaste,  
me gustaría tener uno,  
no, dos, una pareja,  
que se tengan el uno al otro  
y sean felices compartiendo la vida.  
Cuando les tenga más espacio  
y puedan correr.

Recordándolo trazaste  
su imagen querida  
sobre un papel de medio tono.

Y yo me fui  
pensando cómo ayudarte  
a tener ese espacio  
para tus perros algún día.

Como sugiere el I Ching,  
te has escondido entre la gente.  
Quién sabe aquí de tu taller,  
de las cajas con dibujos,  
de los lápices y los papeles,  
de las horas intensas,  
de las transformaciones a que te expones,  
de los largos silencios  
y de los momentos creativos.

Estás lejos  
de las demandas, de las preguntas,  
de la presión por hacer y no hacer,  
por poseer, por renovar,  
por ser alguien, por influir.

Si supiese la gente,  
te llamarían anarquista  
así recluido como vives  
negando lo de ellos.  
Son ellos los anarquistas,  
me parece ya escucharte -  
pero no, no lo dirías.

No te importaría,  
concentrado como vas en tu arte,  
y no perderías en eso  
tu tiempo precioso.

Complementas  
las direcciones del corazón,  
lo que has subido lo haces bajar,  
lo liberado lo comprometes,  
y con lo que del cuerpo  
emerge como visión  
- lo espiritual -  
vigorizas tu sangre.

Así tus dibujos contienen  
tanto el esfuerzo valiente  
como la gracia regalada,  
la caída depresiva y el renacer ingenuo,  
así tus trazos  
fuertes o suaves, rápidos o lentos,  
expresan luz y carácter  
de este bello juego  
llamado ver.

Un hogar.  
Pusiste tus cosas a salvo  
en este taller desconocido para todos.  
Aquí tus horas se desarrollan  
con el ritmo del arte,  
de acuerdo a necesidades,  
a leyes de maduración,  
nadie impone, ningún reloj es válido,  
sino paciencia y el placer de desafiar.

Sino la honestidad  
de hacer bien las cosas,  
de expresar lo conquistado,  
de narrar la verdad  
que emergió de lo profundo.

Sino el amor por trazar  
las líneas correctas,  
por decir ni más ni menos  
que la imagen vista,  
por mostrar claramente  
lo que a ti se mostró.

Un hogar.  
Protección y cuidado  
para lo que crece,  
para lo que se abre a la luz  
y se detiene  
en papeles logrados.

Explorador, claro,  
eso eres con tu carácter osado,  
vas, enfrentas y abres camino  
donde los otros prefieren devolverse,  
eres científico también  
así como vas anotando  
marcas, señas y relaciones,  
un científico-explorador  
en terrenos poco conocidos  
del alma humana.

Pero me sonrío  
viéndote tan entregado además  
a los juegos de la gracia, de lo bello,  
que pareces desdecir tu seriedad.

Es lo enamorado que te toma feliz  
después de alguna conquista  
o antes ya, previendo una.

Está en trazos, temas, en luces y sombras,  
tu energía irradiante bailando inocente  
delante de nuestra vista  
como sonrisa, como pudor,  
como alegría de ser y de compartir.

Carbones compraste días atrás.  
Quiero volver a algo muy antiguo,  
me dijiste,  
de joven hice muchos carbones  
para un coleccionista muy severo  
que exigía mucho  
y me compraba poco.

Los probaste sobre papeles diferentes,  
a ver cómo marcaban,  
cómo delimitaban, cómo resbalaban,  
cómo se sentían en la mano,  
cómo se comunicaban contigo  
y tú con el papel.

Con los dedos hiciste  
sombras oscuras, claras, medias,  
con cueros también,  
grandes, pequeñas,  
variando la presión  
o agregando carbón,  
refregaste papel contra papel,  
y más tarde aplicaste fijadores  
sobre tus manchas saltadas.

Parecías niño  
jugando cocinero.  
Pero en tu frente  
había una luz creativa  
que había de expresarse  
en los días siguientes  
sobre muchos papeles.

Un bebé.  
El tronco de un árbol.  
Una mujer de perfil.  
Un jardinero.  
Una naranja.  
La cara de un caballo.

Cada imagen me impresiona.  
Trato de distanciarme  
pero vuelvo a verlas, las reviso,  
a ver si logro aprehender eso otro  
que sé que está ahí,  
delante de mi vista.

¿Fuerza?  
¿Elegancia?  
¿Renuncia?  
¿Amor?

Salgo a caminar,  
me dejo llevar por los altos árboles  
hacia lejos,  
y vuelvo lentamente,  
el corazón aún incierto.

Tus carbones.

¿Sensualidad de espíritu?  
¿Placer del saber?  
¿Saber del placer?

Tus carbones  
son bellos, sí, y sensuales,  
pero son también manifiesto,  
convicción, claridad, triunfo,  
señas de conquista  
en el difícil camino  
hacia el centro del alma.

Ventana, almuerzo, casas,  
mira aquí, libro,  
mucho más que un objeto,  
mucho más que lectura  
(una vida aprendiendo  
mil cosas ahí adentro),  
pero ahora distante  
delante de la vista,  
casi reflexionando,  
casi meditando,  
casi sabiendo  
el pulso verdadero del vivir.

Zorzal, entrada, manguera,  
madre con niño,  
atardecer.

Bello saber.

¿Dibujas?

Juegas.

Haces manchas,  
trazas líneas aquí y allá,  
agregas más manchas,  
deslizas, aclaras, unes,  
o marcas de nuevo  
con tus poderosos carbones,  
miras -  
y decides: nada más.

Dos, tres papeles,  
y después caminas, tomas algo,  
te sientas.

Escuchas El Mesías,  
la Hammerklavier, Nocturnos.

Pasa el tiempo musical  
y de nuevo vas a la mesa,  
dos, tres papeles nuevos,  
y de nuevo caminas  
o escuchas.

O quieres conversar  
y me ofreces café.  
Me cuentas de arqueología  
o de piedras talladas  
en Australia y Tierra del Fuego,  
o del Alto Perú, de Lauricocha,  
de su clima en el tiempo,  
de su gente guerrera  
y de su gente de paz.

Pero yo sé  
que igual sigues dibujando,  
que no paras,

que juegas  
con las luces y las sombras  
de tu sentir  
y que mañana ellas serán  
imagen sobre papel.

Has dibujado tus cosas,  
lápices, carbones, cueros,  
el sector de la mesa  
donde dejas tus herramientas.

Con trazos certeros  
has recreado en el papel  
objetos, sombras, luz,  
la honesta verdad  
de tu callado oficio.

¿Qué habrá pasado por tu mente  
al ver lo que hiciste?  
¿Reflexión? ¿Aserción? ¿Duda?  
O tal vez supiste todo lo mucho  
que quieres hacer  
en los días por venir.

Para mí es sólo lo que veo:  
la maestría de tu mano ligera.  
Pero está claro que hay más,  
así como las formas  
se despegan del papel  
y se dicen al día  
en su sensual madurez.  
Vertiente invisible  
desde la cual surgen  
tus trazos concretos  
que a la vista aluden,  
transformación misteriosa  
en el ámbito de la sangre,  
creatividad  
en que se expresa el juego  
de anhelo y carbón,  
de pena y verdad,

creatividad  
en que se muestra la historia  
de pasos y alegrías,  
de papeles y sentido.

Perceptivo como eres  
creo intuir de dónde  
se alimenta tu vertiente:  
del día anterior,  
de tu vista activa,  
de tu piel  
abierta a las señas  
que hasta ella llegan,  
de tu corazón despierto  
cruzando experiencias  
que lo aluden.

Un giro entonces  
entre ayer y hoy -  
integrando y trazando.

Y tú en medio -  
serio, claro,  
con toda humildad.

Algún secreto compromiso  
tienes con lo simple,  
con lo olvidado, con lo débil.  
Te conmueve  
lo vulnerable, la inocencia,  
te remece  
aquello que levanta por vez primera  
su insegura mirada al mundo grande.  
Desde temprano está en tus dibujos,  
abarca décadas de tu trabajo,  
y aquí en tus carbones ahora  
se vuelve a expresar.  
La gracia de lo que emerge.  
Pareces mostrar  
que todo alrededor nuestro  
está de continuo emergiendo,  
la pala, la cortina,  
la manzana sobre la mesa,  
la mujer, la tarde.  
Crees tal vez que palabras e ideas  
son lastre, impedimento,  
estructuras sin más vida  
que la que tuvieron  
cuando alguien las buscaba  
para decirla.  
Rama, cello, lápiz,  
mujer apoyada, vereda,  
anciano sonriente, playa.  
Inicio  
trazado en cada papel  
que sueltas de tus manos.

Trabajas con poco.  
En tus imágenes  
hay aire y luz,  
no pesa tu carácter  
sobre trazos, áreas, sentido,  
con mínimas líneas  
muestras la vida  
en los papeles  
que alejas después de ti.

Con poco -  
pero en este poco  
está concentrada  
la intensa pasión  
con que miras,  
trabajas y das.

Tus rápidos trazos  
esconden la paciencia,  
la dedicación delicada  
que comprometes  
al ver y comprender  
lo que a tus ojos se muestra.

¿Elegante? ¿Exacto?

Amante tal vez.  
Como quien sabe  
que lo amado  
es lo que importa.

Tout veut qu'on l'écoute -  
écoutons jusqu'au bout;  
car le verger et la route  
c'est toujours nous!

Y mira ahí,  
también entre tus cosas,  
el huerto y el camino,  
más de eso nuestro  
que quiere expresarse,  
que le oigamos  
- al decir de Rilke -  
que integremos  
- a tu decir -  
su naturaleza emergente  
a la conciencia asombrada.

Imagen temida  
en quienes piensan y afanan,  
pero en otros alojada  
en la paz de un respirar  
confiado y amante.

La ladera  
en suave declive,  
los frutales, la tierra húmeda,  
el camino de labores  
- ahora de paseo -  
hacia adelante, hacia la luz,  
hacia la reflexión  
del momento.

Eres reservado, pudoroso,  
con tu música,  
con tu cello querido  
de madera clara.  
Hoy viniendo al taller  
te escuché de lejos,  
me senté en la entrada  
y apoyé la cabeza  
contra la puerta.  
Divagabas, ibas, volvías,  
jugabas  
con las armonías mutantes  
del quinteto en do mayor,  
como un niño  
que desarma el juguete  
y quiere entender,  
así eran tus melodías:  
libres, sueltas, intentadas.  
Después silencio: ¿café, agua?  
Volviste al cello  
y ahora conformaste todo  
a un fluir  
reverente y espiritual,  
la búsqueda que expresa,  
la expresión que busca,  
asertiva hermosura del alma,  
de nuevo, de nuevo,  
desde aquí, desde acá,  
el discurso precioso.  
Días más tarde dibujaste  
- una vez más -  
la cabeza del cello,  
sus llaves oscuras,  
las cuerdas tensas  
y el apoyo negro.

Uvas.  
Llevo media tarde  
mirando tu dibujo,  
abriendo espacio  
para acoger lo que dices  
y así se exprese  
también dentro de mí  
lo que tú viste,  
lo que tú dejaste entrar  
a tu sentir.

¿Apetito, sed?  
¿La naturaleza,  
sus dones exquisitos?  
¿Gratuidad?

¿Gratitud?

Algún asombro  
recorre mi conciencia,  
y casi sé lo que hay de ti  
detrás de estos trazos,  
lo que en ti maduró  
antes que tomaras  
papel y carbón  
y retrataras el racimo.

¿O era el simple placer  
de hacer lo bello,  
de ir y trazar,  
y saber que está bien?

También bajo sombras  
lo que muestras,  
tus líneas y manchas,  
es liviano y claro,  
no hay en tus dibujos  
trazos sin luz,  
incluso donde mezclas  
puedo leer, puedo ver  
cómo lo has hecho.

Lo difícil viene más tarde,  
en el propio corazón,  
cuando quiero entender  
lo que no entiendo,  
pero algo me lo quita  
y no me deja.  
Cuando no maduro  
lo que tú ya lograste,  
cuando las líneas son signo  
y las manchas mensaje,  
pero yo no sé lo que dices.  
En tanta soledad  
como en la que tú trabajas  
el tiempo va más rápido  
y tú te alejas,  
pero yo voy lento  
y más atrás.

Quizás era esto entonces  
aprender de tu oficio:  
ver con el alma,  
y después recién  
- con manos livianas -  
tomar el carbón.

La ética de lo libre  
recorre tus dibujos,  
y ahí vas sacando  
lo que sobra, el exceso  
con que cubrimos la verdad,  
las ideas, las palabras,  
las defensas contra la vida,  
todo el miedo.

Menos, dices,  
es posible con menos,  
hazlo liviano,  
hazlo claro,  
como seña entre amigos,  
como sonrisa desde lejos  
a la amiga amada.

La ética de lo limpio.  
A veces intuyo  
que me va a resultar,  
que lograré  
asumir tu rigurosa mirada,  
y que mi mano  
algún día trazará  
- correctamente -  
lo que se nos muestra  
sin más.

De lo práctico  
es necesario muy poco,  
queda tiempo para asombrarse,  
para ver y aprender.  
Callaste.

Abriste carpetas  
y miraste dibujos de distintos años.

Hay tanto que hacer.  
Más carpetas, más dibujos.  
Lo que he caminado  
no es nada.  
Miras hacia la mesa,  
piensas, buscas.

Crisis:  
creo que has entrado  
a un espacio nuevo,  
a un sentir distinto,  
y que algo se prepara  
dentro de ti.  
Te ofrezco un café.  
Aceptas,  
pero te cuesta conversar,  
tienes la mirada ida.  
Me voy pronto.

La vida  
está abierta y luminosa  
como día de primavera,  
tengo ganas de dibujar,  
pero sé que en el taller  
están pasando cosas,  
que hoy no puedo.

La gente está lejos de ti,  
no te gusta hablar  
de exposiciones, de críticos,  
de cómo otros te ven  
o cómo tú los ves a ellos.

Quizás te expulsaron  
con sus cosas llamativas,  
o sus diarias pequeñas cosas,  
con su arrogancia  
o su ignorancia,  
con sus luchas de poder,  
quién sabe cómo es que  
ahora estás solo.  
O quizás tú a ellos  
los alejaste de tu corazón,  
día a día triste,  
sin más remedio  
ni posible esperanza,  
y creaste espacio  
para cuidar de lo serio,  
de lo que sí importa,  
día a día  
no pudiendo creerlo.

Somos pocos  
quienes entramos a tu taller,  
sé que quieres  
mañana algún día  
una pareja de perros,  
que quieres  
saberte bien acompañado  
por papeles y carbones,  
y para ti horas creativas  
de asombro y paz.

Un día sí te pregunté,  
¿y la gente?  
Reíste, claro, dijiste,  
hacen sus cosas  
como criados  
por la abuela miedosa,  
desconfían de todo  
y se dan vueltas:  
miedo, odio, maldad,  
más miedo, más maldad.

Pero la vida  
va por otros caminos,  
está en nosotros  
ver y mostrar.

Tomaste lápices  
en tus manos ágiles  
y jugaste con ellos  
un tiempo.

Me pasaste uno  
mirándome a los ojos  
y me preguntaste  
¿a trabajar?

Tomábamos café,  
la tarde de verano  
alargaba sus horas  
hacia la noche,  
había paz y luz  
arriba de los techos  
de las casas vecinas.  
Arte es correr límites,  
me dijiste,  
es desmontar ideas  
y volver a la vida,  
a reverenciarla,  
a agradecer.

Estaremos muertos  
tanto tiempo, después,  
agregaste,  
es ahora el momento  
de ver, de asombrarnos,  
de rendirnos conscientes  
a tanta belleza,  
de intentar ser  
un lápiz en su mano  
y así trazar  
una línea honesta  
de su imagen actual.

Después de ver un dibujo  
de agua cayendo  
sobre una mano reposada  
recordé  
las muchas imágenes de agua  
que has dibujado,  
vertiente, vaso semi-lleno,  
río, lluvia, niebla,  
tetera hirviendo, olas,  
gotas en el vidrio.

¿Qué ha pasado por tu mente,  
qué te has preguntado,  
de qué estás convencido,  
qué has agradecido?

Quizás qué se ha abierto  
a tu vista curiosa,  
qué ha dicho su verdad  
a tu corazón despierto.

O tal vez has querido  
que sea tu corazón  
el que dice una verdad suya:  
agua.

No lo sabremos,  
quizás.

Tal vez antaño  
en niñez o juventud  
eras parte de un equipo,  
un amigo entre amigos,  
en juego a la pelota  
o generosos ayudando  
y todos eran uno.  
Mañana, pensaste,  
cuando grandes,  
jugaremos otros juegos  
todos unidos  
contra lo difícil,  
contra lo imposible,  
y repartiremos dadivosos.  
Y más tarde aún,  
sintiendo amistad,  
viste con tus ojos de artista  
quebrarse la palabra,  
y con manos incrédulas  
recogiste mil pedazos  
de letras destruidas,  
Tal vez, dudaste,  
eras tú el equivocado,  
la posibilidad errada,  
y el juego era cambiar todo,  
era sorprender y quitar,  
al ingenuo primero, riendo.  
Quizás qué dirías tú,  
si te lo preguntase,  
si fue así o no,  
si alguna vez de adulto  
quisiste jugar amistad  
y no pudiste.

¿La Biblia?, te pregunté  
    entrando al taller,  
ahí estaba sobre la mesa,  
    abierta, frente a ti.  
Sí, me dijiste sonriendo,  
hay historias entretenidas,  
    muy entretenidas, mira -  
y me contaste de alguien  
que hacía cosas que olvidé.  
    Fue una sorpresa,  
    tú y la Biblia,  
resuelta con ese humor  
    tan liviano y tuyo,  
    no, lo sagrado  
no está en las palabras,  
    me aseguraste,  
para qué confundirse.  
Es tan bonito el libro,  
    seguiste más tarde,  
    lo dibujaré un día -  
    con lápices livianos,  
    como recuerdo  
de otras gentes y tiempos,  
    de oraciones trilladas  
    a falta de propias  
pero oraciones igual.  
    A la semana fue así.  
El dibujo yacía sobre la mesa,  
    que yo lo vea:  
el libro grande, imponente,  
    una imagen clara, ligera,  
    trazada con ternura  
sobre un papel rugoso -  
    el libro sagrado.

Íbamos antaño  
de sorpresa en sorpresa,  
el corazón saltando,  
me dijiste un día,  
el corazón abierto  
en días llenos  
de toda la riqueza.

Después  
hicimos signos,  
hicimos palabras,  
y en las palabras  
creamos escenas,  
y después  
vivimos en ellas.

Ahora  
queremos salir,  
queremos volver  
a la verdad  
sin palabras,  
sin intención,  
sin signos.

Queremos volver  
a ser fuertes,  
a resistir  
impacto e impresión,  
queremos  
ver y crecer,  
de frente,  
confiando.

Vivimos  
detrás de rejas,  
seguiste ese día,  
vivimos  
detrás de palabras,  
de ideas, de modas:  
queremos sentirnos  
seguros.

Porque  
asombrarse es duro,  
y ver es demasiado -  
cuando el corazón  
va agitado ya  
de tanta grandeza.

Entonces ahora  
nuestros lápices,  
nuestros papeles,  
de a poco abren camino  
y muestran hacia lejos,  
hacia la imagen libre,  
entera y sana.

Claro, pensé,  
depende de qué queremos.

Y es verdad,  
hemos querido dominar  
y no ser dominados,  
hemos querido controlar  
bestia, agua y enemigo,  
incluso los peligros posibles  
los miles de miles,  
y se nos fue el tiempo  
para vivir.

Pero hoy podemos,  
mira tus dibujos,  
cómo confían, cómo dan.

Hoy  
nos resulta de nuevo,  
tal vez,  
andar y ver  
sin temor en la mente  
y el corazón agradecido,  
quizás nos resulta  
- como a ti -  
dibujar la realidad  
con manos reverentes.

Mirando tus papeles  
descubrí anoche  
que en muchos dibujos  
hay una dirección hacia arriba,  
una actitud erecta,  
un modo de ser  
alto y asertivo.

Y hoy, cuando  
entraste al taller  
- carpeta en mano -  
vi en ti lo mismo,  
una clara altura  
al mismo tiempo  
cuidadosa y confiada,  
un estar despierto  
viendo el mundo.

Quizás tus dibujos  
son tu carácter,  
tu modo íntimo de ser,  
quizás  
no sabes ser distinto  
al artista que eres,  
y yo tendré que aprender  
en equivalencias  
lo que tú ya sabes.

Quise aprender de ti,  
- a eso vine a tu taller -  
y hoy veo  
que debo hacerlo  
muy de otra manera,  
que debo  
mirar hacia adentro,  
caminar más como soy  
y dar de lo mío.

Quién sabe  
si algo de esto  
lograré hacer,  
si seré asertivo como tú,  
claro y convencido,  
si en el papel  
dejaré huellas mías  
hacia la realidad  
que nos atañe,  
y si el lápiz  
trazará con gracia  
la seriedad  
que me has enseñado  
intentar.

Hoja de ginkgo.

Usaste sólo carbón,  
pero parece  
una sinfonía de colores  
derramada ahí  
sobre la superficie querida,  
un juego  
de dinámicas otoñales  
que se eleva del papel  
y a la vista  
se despliega con fuerza.

Cierro los ojos  
y vuelco la mente  
sobre el árbol desordenado  
que tú viste soltar  
algún día de frío  
sus primeras hojas amarillas  
al césped receptivo,  
cayendo con ellas  
tú mismo quizás  
en vueltas de luz,  
compartiendo así  
su destino natural,  
solidario, desprendido,  
y finalmente yacente  
sobre el pasto  
de cara al cielo gris  
allá en las alturas,  
un hermano sensible  
en su hora final.

Tu hoja de ginkgo  
aquí en el papel.

Luz,  
me has dicho tantas veces,  
es lo que nos hace,  
todo lo que somos,  
huesos, músculos, piel,  
la mirada y la voz,  
y el modo de cada uno -  
luz, es luz  
lo que nos hace.

Y en tus dibujos  
debe estar tu luz,  
me repites sin pudor,  
que de inmediato se sepa:  
esto es tuyo.

Has de ayudarle  
a que sea,  
a que se exprese,  
a que brille  
sin impedimentos  
desde el carbón  
que traza la imagen  
y sobre el papel  
que la sostiene -  
y lo diga:  
así es  
como yo soy.

Supe que estudiaste  
a los chinos,  
a Lao Tsé, a los taoístas,  
que un año entero  
estuviste en el I Ching,  
y que después fue  
su medicina  
durante años, muchos años.

El respeto a lo que es,  
la sensibilidad,  
las imágenes  
que dicen siempre más,  
la fuerza del agua,  
el mutuo apoyo  
y el ciclar permanente.

Quizás  
fueron tus maestros,  
los viejos,  
quizás ahora  
dibujas confiando  
en el juego de energías  
que te rigen,  
tal vez  
tus lápices y tus carbones  
sólo trazan  
las líneas de fuerza,  
y ahora así se nos muestra  
con toda claridad  
la verdad de tu vida.

Encontré  
este dibujo pequeño  
representando tu cello,  
el cuerpo, el arco y la silla,  
todo como lo dejas  
después de tocar.  
Un juego  
de lápiz y papel,  
de sombra y luz,  
y en medio, resaltado,  
el cello,  
una melodía casi aún en el aire,  
la fuerza armoniosa  
de un sentir musical  
que se expresó recién  
en esta misma sala  
y parece perdurar  
con su cantar.

Pero  
es tu verdad visual  
la que está aquí,  
la que perdura,  
tu entrega a  
sentido y contraste,  
es tu sensibilidad  
a diario renovada  
la que se expresa  
en esta imagen  
oscura y clara,  
bella, recogida,  
casi sagrada,  
en esta muestra preciosa  
de tu alma artista.

Dibujar,  
me dijiste,  
es irte,  
es abandonar  
lo que fue tuyo,  
lo que moró  
en tu corazón  
mientras crecía,  
es desprenderse  
para siempre  
de lo que en ti fue  
esfuerzo, desafío,  
meditación,  
es dejar el papel  
sobre esta mesa  
y girar hacia lo nuevo  
que en algún lugar  
propio e íntimo  
madura su modo  
muy particular  
hacia tu conciencia -

dibujar  
es el último adiós  
a lo conocido,  
y volcar la mirada  
osadamente  
hacia adelante.

He conocido aquí  
a algunos de tus alumnos  
quienes, igual que yo,  
quieren aprender  
- más allá de usar lápiz o carbón -  
a ver el sentido  
y a expresarlo.

Dos muchachas,  
una callada,  
otra más simpática,  
un joven alto llevado  
por un fuego interno,  
y una mujer  
que parece  
amarte perdidamente.

Nos saludamos  
respetuosamente,  
como sin molestar,  
pero no hemos parado  
a reunirnos,  
a conversar o reír.

Cuando deje de asistir  
a tu taller  
pasará un tiempo  
antes que ellos  
se den cuenta.

Tu taller  
es  
escuela del corazón.

Es  
aprender a perder,  
a renunciar,  
a soltar lo querido,  
a caminar hacia lo ignoto  
con paso valiente,  
es  
mutar y cambiar  
y en cada vuelco  
dibujar lo visto  
con mano  
ligera y generosa -  
y seguir.

Quizás algún día  
sepa hacerlo solo,  
sepa armar un taller  
y mostrar tu oficio  
a quienes quieran  
aprender  
lo que de ti aprendí.

Pero del conversar  
tú y yo  
en torno a un café  
¿qué será?

Llegaste temprano,  
irrupiste al taller,  
te sentaste a la mesa,  
tomaste papel y carbón,  
hiciste cosas  
que no me atreví a espiar  
y saliste a la calle  
con el apuro que entraste.

Al atardecer volviste  
con paso relajado  
y una mirada  
tranquila y feliz.  
Me hablaste  
de un amigo,  
de un proyecto,  
que había otra gente  
y que querías ayudar.

Dos días más tarde  
me contaste  
la historia entera:  
querían crear  
talleres para niños,  
y te necesitaban.

Tu cara brillaba.  
Mientras jugabas  
con unos lápices  
te serví un café.  
Y conversamos  
sobre niños.

No sé por qué,  
me dijiste,  
pero creo que son  
los niños  
que han sufrido  
los que más ven,  
los que mejor expresan  
la imagen interna,  
anhelo o miedo,  
y quienes van  
más leales  
con juguete,  
árbol o perro,  
ayudando, queriendo,  
sintiendo enteramente  
el río ancho  
en que vamos  
hora tras hora.

Quieren  
que en estos talleres  
enseñe a los niños,  
pero me temo  
que serán ellos quienes  
a mí enseñarán -  
con sus ojos abiertos,  
sus manos fuertes,  
su compromiso  
y su verdad  
emergentes.

Te hablé del jardinero  
y me hallaste razón,  
del cuidado humano,  
de tierras y riego,  
de la paciencia,  
y un día  
la vida nos da  
bulbo, tallo o fruta.

Sí, dijiste,  
los niños.

Fuiste  
a tus carpetas  
y miraste entre tus cosas,  
observaste  
manitos, cabezas, pies,  
cejas altas, labios,  
mejillas, pelo -  
y los niños mayores  
que trazaste  
jugando, corriendo,  
con una pelota  
o pensativos.

Querías estar solo,  
me percaté,  
tu mirada buscaba,  
iba aquí y allá,  
y tu cara estaba seria.

Me despedí  
con voz baja  
y salí del taller.

Te vi muy contento  
los días que siguieron,  
crear  
los talleres de niños  
te tenía ocupado,  
escribiste cosas,  
ideas sueltas  
en papeles sueltos  
que tomabas hacendoso  
y salías de nuevo  
a la calle agitada.

Una tarde  
te sentaste con calma  
y me ofreciste café.  
Ha sido un bello recreo,  
me dijiste,  
en medio del trabajo  
serio y osado  
de mis últimas décadas.  
He gozado  
inventando cosas  
para niños  
que aún no conozco.  
En realidad  
ha sido un privilegio  
hacer todo esto.

En la expresión  
de tu cara,  
en tu voz,  
había una belleza  
madura y humana  
que hubiese querido  
saber dibujar.

A las pocas semanas  
se iniciaron tus talleres  
y viniste poco al taller.  
Me decidí finalmente  
dejar de venir.

Una tarde abrí de nuevo  
cajones y carpetas  
y estuve mirando  
tus papeles,  
dibujos, carbones,  
la riqueza exquisita  
de vida y sentido  
que volcaste  
sobre mil superficies,  
y también miré  
algunas cosas mías,  
el lento despertar  
de una expresión  
a mi modo.

Tomé solo  
una taza de café,  
miré y pensé  
y estuve serio.  
La próxima taza,  
me prometí,  
será contigo,  
y conversaremos  
sobre niños, lápices,  
y sobre los pasos  
que hemos dado  
en los últimos  
días y meses.

## **El Viejo**

- página en blanco -

Vienen a verme,  
me cuentan sus cosas,  
planes y lógicas,  
historias ramificadas,  
sufrir y quiebre,  
el sino todopoderoso,  
que yo entienda,  
que dé descanso,  
y por un momento  
no se sienta tan hiriente  
esta desdichada soledad.

Creen que aquí a mi lado  
por un rato hay paz,  
que contándome sus pedazos de vida  
se alisa su dolor,  
se muestra su largo empeño  
tal vez aún en luz elogiabile,  
se demuestra su buena voluntad  
aún admirable, aún valiosa.

Pero no saben que cansa,  
que no es así,  
que se equivocaron días, años atrás,  
que es otra la luz  
que brillaba en sus ojos sanos  
antaño, de niños,  
y un nuevo logro se mostraba  
liberador y feliz.

Sino soltar, sino perder,  
sino el camino hacia lo difícil  
mil veces y de nuevo,  
mil veces  
sin derecho ni recuerdo,  
siempre otra vez hacia lo ignoto  
con la frente en alto  
mirando la nueva dificultad,  
y, sí,  
humildes, agradecidos.

Pero se afanan  
y se muestran orgullosos,  
discuten y pelean,  
este lugar es mío,  
tú me escuchas,  
calculan y temen,  
quieren ser de allí, de aquí,  
temen quedar solos  
y se someten,  
se esfuerzan y se agotan,  
un día se quiebran.

Dame una pócima,  
por favor, dame algo,  
alíviame, no puedo más.  
Pero no doy nada  
ni menos alivio.  
Miro atento, busco  
las señas de lo que aún vive  
por detrás de lo dicho,  
y a eso hago signos,  
a ver si juntos destruimos  
el poder de sus cuentos.

Juegan a ganar  
y cuando pierden  
quieren el premio,  
no obstante.

Claro,  
somos muchos nosotros,  
a quienes se nos dio,  
otra vez, una posibilidad,  
a ver si ahora vemos,  
si ahora escuchamos,  
si en nuestro corazón  
somos leales  
a quien a nosotros  
apuesta  
en contra de la luz  
de este otro juego,  
de este juego  
más serio y profundo  
y mil veces más bello.

Y ahí vamos entonces,  
ayudando a erguirse  
a quien también se le ha dado  
una segunda chance,  
ven, es otro el juego,  
deja ir aquello y mira,  
quizás descubres que  
es otro el paisaje,  
otro el sentido,  
que todo es más tuyo,  
ven.

Las semanas iban,  
le costaba seguir  
y su intuición a menudo  
se enredaba en temores,  
no sabía bien  
a qué voz escuchar.

Soñó  
con su casa,  
con un perro que se alejaba  
hacia pradera y bosque  
y ella lo llamaba angustiada,  
pero no se devolvía.

Le ofrecí un té de hierbas,  
como si fuese pausa,  
conversamos y unidos fuimos  
por paisajes del vivir  
compartiendo el tiempo  
que se nos regalaba  
a mitad de mañana.

Más tarde  
le pregunté sonriendo,  
si fuese ella  
el perro que corría,  
qué sentiría.  
Sorprendida  
me miró a los ojos  
y dijo  
me sentiría feliz.

Con una maza  
nos golpea la vida  
a ver  
si esta campana que somos  
suena afinada,  
si es verdad que el artista  
mezcló el bronce  
en proporciones buenas,  
si lo calentó sin mezquindad,  
si el sonido avanza  
bello y seguro  
hacia la lontananza,  
si invita a gracia y reverencia.

A ver  
si nosotros, tú y yo, agregamos  
lo nuestro, lo humano,  
a la música de viento y bosque,  
y todo se aviene acorde,  
como creado y sostenido  
por las mismas fuerzas,  
si nos damos las gracias  
en cada encuentro,  
y todo respira  
de la brisa fresca  
el mismo aire.

Me dijiste  
con voz calmada:  
Llanto  
se casó conmigo,  
ando de novia  
hace días ya,  
incrédula, traspuesta,  
nada es como era,  
enamorada de él  
cruzo las horas,  
las lágrimas resbalan  
de mis mejillas  
hinchadas y tibias,  
mi vida ha cambiado  
desde que me eligieron  
princesa para este príncipe  
que antes  
yo hubiese dejado ir.

Llanto  
me atiende generoso,  
cuida de mí,  
aleja interferencias,  
da vueltas en torno a mí,  
me ama y se deja amar  
como nunca  
he amado en mi vida,  
me tiende la mano  
y me abraza con delicadeza,  
lo que veo lleva su luz  
y no puedo vivir sin él:  
no sé más de mí  
sino sólo de la sal  
que me dejan sus besos  
sobre mis labios  
sensuales.

Apenas resuenan aún  
mis últimas palabras,  
pasan los minutos  
y las observo  
con el cuerpo  
volcado hacia adelante,  
su pelo cae y les cubre,  
apenas noto  
el lento mover  
de su respiración.

Algo se derrite  
aquí, allá,  
se acomoda  
y baja otro poco.  
Pasa el tiempo.  
Repentinamente  
está ahí:  
el silencio.  
El aire cambia,  
la pieza se transforma,  
y en medio se crea  
un volumen de pureza.

Paz  
llena el espacio.  
El tiempo  
muestra su riqueza.

Al levantar el torso  
aparecen caras  
llenas y luminosas.  
Gracia y vida  
se derrama  
en medio de nosotros.

Que siendo hombre  
no se puede tener  
tanto miedo,  
me dijiste,  
que era una muralla,  
que no tenías aire,  
que te sentías rígido  
y sin libertad  
más que la de avanzar  
a destrucción o libertad,  
quién sabe,  
ya sin atrás que te cobije,  
ya sin compañía,  
una apuesta  
todo o nada  
que no querías asumir,  
pálido, blanco, temblando,  
no se puede,  
repetiste,  
siendo hombre,  
y pisando hacia adelante,  
incierto, angustiado,  
hacia tu salvación,  
lo hiciste, amigo,  
ahora aquí,  
a este lado por fin,  
con tu vida  
por delante.

Nos creemos astutos,  
pero algo más astuto aún  
nos ve y tolera,  
nos da un tiempo,  
nos presta a nuestras ideas,  
nos deja ir -  
pero no para siempre,  
un día eso dice basta, no más,  
ahora ganan mis juegos,  
ahora domino yo,  
empujo, freno, quito centro,  
subo, bajo y juego azar.

Para algunos es tarde:  
no tienes vuelta.  
Otros la tienen,  
pero no quieren.  
Algunos sueltan  
y se abren a lo nuevo,  
estos pocos,  
después de la desesperación,  
después del sufrimiento,  
entienden, agradecen -  
y renacen.

Giran la vista hacia atrás,  
al montón de ideas, de valores,  
de viejas astucias,  
se avergüenzan inquietos,  
cómo, cómo yo -  
y ahora puedo de nuevo,  
con qué derecho  
puedo intentarlo bien,  
por qué tanta suerte  
a mí.

Hay conversos a la vida  
que andan agradeciendo  
por cada paso que dan,  
por cada instante  
que se les da de vivir  
más allá de lo ya vivido,  
andan  
de maravilla en maravilla,  
se sorprenden, donan,  
se alegran, respiran profundo  
y de noche duermen bien.

Hay depredadores  
que van apurados, exigentes,  
no toleran errores  
propios ni menos ajenos,  
creen cosas increíbles,  
rezan, pagan, calculan  
y de noche  
no paran de pensar  
los universos pensables.

El sol emerge  
a diario detrás de las cimas,  
el agua corre de las nieves al valle,  
pájaros viven y animales,  
las mareas van y vienen,  
el viento sopla el aire  
por encima de playa o pradera  
hacia bosque, ladera y cerro,  
y de noche, a veces,  
surge niebla  
y cubre el valle.

Hay personas  
que nunca se han sentado a pensar  
todo lo mucho que falta:  
prestigio, suerte, dinero, fama,  
relaciones, poder, espacio, tiempo,  
belleza, salud, juventud, diversión  
o alguien que las quiera distinto.

Que no han comprendido  
cuán injusta es la vida,  
quizás con ellas mismas,  
así como ella abandona  
a que cada una se las arregle  
con lo que cayó en sus manos  
por azar o trágico designio,  
que no han visto en profundidad  
causa o alcance  
de mil destinos poco felices.

Pero que entienden  
que a menudo no es suficiente  
pedir, solicitar  
o decir en buenas palabras,  
sino que es necesario  
levantar la voz  
y demandar llanamente  
a quien no quiere oír,  
tal vez dejando en claro  
que hay consecuencias  
que mejor ni pensar en ellas.

Personas hay  
que no han descubierto aún  
cuánto  
se les ha perjudicado.

Ando liviana,  
me dijo la mujer,  
estoy sorprendida,  
días ya que no siento el peso  
que llevé durante años,  
liviana, casi feliz,  
pero no sé de mí,  
no sé a dónde quiero ir,  
liviana y perdida  
cruzo los días  
¿qué me pasa?

Mariposa  
voy de cosa en cosa,  
como una hoja al viento  
me dejo llevar por el aire,  
no quiero nada  
y tampoco sé dónde estoy,  
floto de brisa en brisa  
y avanzo a través  
de un universo de colores  
al que apenas tienen acceso  
las personas cercanas,  
casi me avergüenzo.

Qué es del peso,  
del sufrir y de la angustia  
según me cruzaba con gente,  
qué es de los días oscuros,  
del llanto, de la falta de aire,  
del encierro en el baño,  
a dónde se fue todo esto,  
y yo, ahora,  
liviana, casi contenta,  
¿a dónde voy?

Dime  
¿qué me pasa?

Me ha contado  
el joven muchacho:  
he venido  
al cementerio de mi alma  
a enterrar  
todo eso que ha muerto:  
anhelos, buena voluntad,  
mi maldita buena voluntad,  
mi disposición a ser servicial,  
a atajar los problemas,  
a solucionar  
lo que otros no pudieron,  
a caminar la otra legua  
y a poner la mejilla.  
Han muerto muchas cosas,  
me dijo,  
el creer en tantas cosas  
que son mentiras,  
en la buena sociedad  
y en las buenas profesiones,  
en la compra y venta  
de toda la felicidad,  
en seguridad, salud y bienestar,  
he venido a enterrar  
mi credulidad, mi tontera,  
espero que estén muertas  
y para siempre muertas.  
Porque de aquí,  
del cementerio de mi alma,  
saldré libre, realista,  
a abrazar dificultad y riesgo  
como enamorado,  
a jugar y desafiar,  
derrota y triunfo en la balanza,  
cantando feliz.

Des-mezclo.  
Eso es lo que hago.  
Vienen a mí  
con corazón mezclado,  
con el alma  
hecha mil capas  
- anhelos, temores -  
giradas y traspuestas  
y vueltas a girar  
sobre sí mismas  
en nudo de nudos.

Dicen  
que les falta el aire,  
que les dejó una persona  
o que enfermaron,  
buscan  
que les cambie el mundo,  
que les valore, les reconozca,  
inciertos,  
si es que hay esperanza,  
si es que yo veo luz  
en alguna parte.

Des-mezclo -  
si quieres.  
Renuncia, mira, reconoce,  
avanza, respira,  
teme los grandes temores,  
goza las grandes confianzas,  
limpia, endereza.  
Y entonces a veces  
resulta un día  
que sí veo la luz -  
en sus caras despejadas,  
honestas y sonrientes.

Me mira el niño  
con ojos grandes, abiertos,  
una greda blanda  
en que todo se puede marcar,  
bondad, fuerza, sensibilidad -  
o temor, agresión y miedo.

Pasará por los códigos  
de madre y padre,  
los profesores inscribirán  
sus vidas y circunstancias,  
compañeros probarán  
sus estrategias emergentes  
y en la calle  
no faltará quien quiera  
decir su propia versión.

Pequeño árbol  
creciendo en la ciudad,  
hojas tiernas abriéndose  
a un aire distinto de bosque,  
raíces buscando  
entre ladrillos y cemento  
el humus necesario,  
árbol pequeño  
no obstante subiendo,  
creciendo sin embargo:  
milagro precioso  
aquí en medio  
de todo esto.

Le hago bromas  
con dedos suaves  
y él  
- sonriendo sorprendido -  
me mira con sus ojos  
abiertos y blandos.

Entró a esta pieza  
con mirada destruida  
y caminar enfermo,  
me pasó una mano  
blanda y sin carácter  
y se sentó desconfiado.

Soy el vencedor  
vencido.  
Ahora no puedo  
con mi vida,  
arrastro a quien fui,  
choco con mujer e hijos,  
amigos  
no quiero ya tener,  
las noches  
son interminables,  
no quiero más.

El avión se sentía mío,  
así, seguro en mi asiento,  
un viraje con vigor,  
una picada certera  
y la descarga poderosa  
que había de destruir el mal  
que a este joven  
le habían enseñado a aniquilar.  
Un día se me abrió  
una otra mirada, años ha,  
y aquí estoy,  
desde entonces mal.

¿Qué me ofreces?  
¿Hay algo  
que me puedas ofrecer?

Trafiqué  
con papeles, con claves,  
con cuerpos,  
mezclé evidencias,  
escondí relaciones,  
fui el médico  
en quien confiaron  
la reputación de sus vidas,  
el honor de sus familias,  
el salvador atrás  
en el lugar  
de tortura y muerte,  
el profesional  
que llevó a descanso  
toda mala conciencia.

Años más tarde  
enfermé de esta dolencia  
que nadie sabe tratar,  
qué opinas tú,  
colegas, especialistas,  
algo no responde en mí  
y renuncian con voz baja.

Quizás es el pago  
de culpas y acciones,  
quién sabe,  
o una justicia misteriosa  
que funciona  
sin jueces ni abogados,  
qué crees tú,  
tal vez  
son juegos de mi mente,  
o es casualidad,  
qué piensas tú,  
quizás es azar no más,  
quién sabe.

Luz,  
has llegado con luz  
por delante,  
en tu cara, en torno a ti,  
incluso tu saludo  
parece confirmarlo:  
estoy bien.

En el conversar  
eres recatada,  
nada nuevo en realidad,  
pero sí, me lo han dicho,  
que estoy cambiada,  
que sonrío a menudo,  
quizás, sí, un poco,  
quién sabe.

Me cuentas de tu vida  
- como otras veces -  
y no te das cuenta  
cuán distinto es tu relato:  
que escuchas música,  
que bailas,  
que has hecho cambios  
en trabajo y casa,  
que has vuelto a leer,  
que juegas,  
que planeas viajar.

Te vas.  
Y contigo se va la luz  
viva y contagiosa  
que tú aún no percibes.

Trajiste  
toda la basura del mundo  
que a tus pies aquí volcaste  
como signo de alcurnia,  
de prestigio supremo,  
que yo entienda,  
que te comprenda,  
que reconozca  
tu esfuerzo extraordinario  
y que ahora invente para ti  
un minuto de descanso  
entre tanta tensión.

Con razones poderosas  
desvirtúas el sufrir,  
rabias o pena,  
o alguna sugerencia  
que atreva a proponerte.  
Genio y figura,  
pienso para mí,  
perdida la hora,  
mientras te veo erguirte  
e ir a la puerta.

Faltan más golpes,  
más aspas rotantes,  
sigo ponderando,  
si la vida algún día  
ha de recuperar  
este corazón perdido  
y lo ha de situar  
en medio de sí,  
de asombro y maravilla,  
feliz y sano.

Vista amplia  
sobre valle y pradera,  
arriba la luz del mediodía  
iluminando la bóveda  
bajo la que se despliega  
esta fiesta del vivir,  
árbol, pasto, vertiente,  
animales despiertos  
respirando y comiendo,  
emoción sobrecogedora  
en el alma conmovida.

Proyección al futuro  
de hijos y nietos,  
de convivencia solidaria  
compartiendo, donando,  
mostrando y cuidando,  
hacia simpleza y significado,  
hacia la exquisitez  
del andar juntos -  
anhelo liberado  
hacia un mañana cercano.

Claro,  
es la otra dirección.  
Felicidad de ver,  
de dejar ir  
en medio de la luz,  
la vuelta hacia la vida.

Pones tu alma  
sobre una piedra,  
con otra golpeas encima,  
idea sobre idea,  
día tras día  
las chispas saltando  
del juego perverso,  
razones, valores, lógicas,  
el arsenal completo  
contra la vida.

Té de hierbas,  
te ofrezco un té,  
¿quieres?  
Interrumpí tu relato,  
con mirada sorprendida  
buscas una respuesta,  
sí, no, mejor no,  
bueno, dame uno.  
Vierto el agua  
con toda paz.  
Tú ves con miedo  
la pausa en el tiempo,  
quieres hablar,  
decirme más,  
con angustia te apresuras,  
haces correr  
el río de ideas.

Y qué será de las piedras,  
me pregunto,  
de noche,  
cuando duermes.

No tengo ganas,  
me dices,  
todo me aburre.

Te observo,  
muchacho,  
caído sobre el sillón  
como estás,  
la mirada opaca  
dirigida a ninguna parte,  
la voz suave y débil,  
casi no respiras.

Me pregunto  
si lejos  
en sabana o bosque  
hay algún animal  
que no tenga ganas,  
o que niegue su tiempo  
como tú aquí  
niegas el tuyo.

Y pienso  
aquí yace  
- vivo aún -  
NN.

Cual  
flautista de Hamelín  
la tensión  
se llevó de la ciudad  
encantados  
ratas, niños y adultos,  
en filas y ruedos  
siguieron su melodía  
de novedad y magia,  
y en aguas turbias  
se fueron hundiendo.

Miedo  
a ti, a él, a ella,  
miedo a mañana,  
a todo lo que puede pasar,  
miedo  
a ser menos,  
a perder, a cualquier cosa,  
miedo sobre miedo,  
ya sin aire  
inventando más miedos,  
agobiados, exhaustos,  
angustiados de vivir.

Y unos pillos ahí  
apurados  
haciendo flautas  
para más flautistas.

Has visto caer  
las imágenes del alma,  
todas tus más queridas imágenes,  
creencias y anhelos,  
llorados trozos  
de tu intimidad herida  
ahora quebrados, trizados,  
sentido de vida tanto tiempo  
cuidado y atendido ahora sin sentido,  
lágrimas de derrota  
cayendo a tus mejillas  
cansadas ya de tanta tibia lágrima.

Aprietan tus manos  
un pequeño pañuelo mojado,  
se mueven a veces  
nerviosas en tu falda,  
tu cabeza está gacha,  
el pelo cubre tu cara,  
pesado está tu cuerpo  
sobre el sillón,  
no ves más que desolación  
y no distingues  
hacia dónde dirigir  
tus próximos pasos.

Pero a mí  
me da ternura intuir  
lo nuevo, lo próximo,  
lo que viene sobre ti,  
lo que pronto  
llenará tus manos  
con inocencia y libertad  
y en tu corazón  
te hará sentido.

Del entusiasmo  
les nace la eternidad,  
la idea de triunfo,  
de las ganas  
se proyectan al futuro  
y pronto crean  
jerarquías y derechos  
que la realidad mejor  
tendrá que saber respetar.

Ingenieros de la gloria,  
reyes, reinas,  
a diario soportando  
el lento seguro  
derrumbe de sus reinos,  
a diario soportando  
la lenta segura  
creciente enfermedad.

---

Pero las olas aún  
van en ritmos mostrando  
crecida y retiro,  
los animales expresan  
anhelo y satisfacción  
por partes iguales,  
y los niños juegan  
entre más y menos  
a lo ingenuo y lo nuevo.

Transforma lágrimas  
duras en blandas  
y la vida crecerá  
en tu corazón liberado:  
me miras con ojos en duda,  
crees no saber entender  
de lo que te hablo.

He renunciado a tanta cosa  
y mira como estoy,  
sigo destruida sin esperanza,  
qué más quieres que suelte.

Claro, pienso para mí,  
lo que cae en tus manos  
vas y lo sueltas,  
demostrando que nada sirve,  
que estás destinada a sufrir  
frente a todo el mundo.

Pienso que te gusta dominar  
el juego que juegas,  
que a ti misma no te soltarás  
aunque te cueste la vida,  
y que lo duro  
nunca será blando  
en tu mente desdichada.

Pesadas nubes cuelgan  
del cielo invernal,  
lloverá y hará frío.  
La imagen me hace sentido,  
así como voy  
entre durezas y oscuros relatos  
y quiero recogerme  
a un lugar templado,  
protegido de lo externo.  
Lloverá, hará frío,  
pero volveré a ver el sol,  
se entibiará el aire  
y la luz se esparcirá generosa -  
sólo lo duro  
igual seguirá creando relatos,  
trampas de orgullo y demandas,  
de miedos y más miedos,  
sin ninguna esperanza  
de sol y luz.

Sólo los pocos agraciados,  
los doblemente agraciados,  
saltan al lado,  
dejan ir y se salvan.  
Si descubriese lo que divide  
a los unos de los otros,  
si estuviese en mí  
disolver durezas, eliminar trampas,  
y exponer al sol  
a tantos marcados  
por miedo y dolor -  
¿qué sentido tendrían  
ahora para ellos  
nubes, lluvia y frío?

¿Dónde está Abel,  
tu hermano?

"De manera impecable  
aplicamos el protocolo,  
las drogas fueron todas  
de última generación,  
pero no resistió la noche,  
descompensación, no sé -  
¿soy yo acaso  
su guardián?"

Y él mismo,  
respecto a sí,  
¿se preguntó él  
a dónde iba?  
¿Quiso ser él de sí  
su guardián?

"¿A dónde vas  
con las preguntas?  
No alteres el orden,  
no destruyas la paz,  
hay compromisos,  
cuida tu interés,  
admira el juego  
logrado y bonito,  
baila el baile  
con cara contenta,  
vamos, compórtate."

Pero Abel,  
tu hermano -  
ahora no está.

Ciudades hay  
donde antes era bosque,  
historias narradas hay  
donde antes iban emociones,  
donde iban silencios y cantos,  
pensando hemos triunfado  
en contra de nosotros.

Ya yéndose,  
quebrado, sin esperanza,  
en reunión de despedida,  
le dijo el buen historiador  
a la muchacha aprendiz:  
reniega, aléjate,  
sálvate, corre.

Pero volvemos al lugar,  
queremos armar ingenio  
con nuestras propias manos,  
con nuestros buenos deseos,  
y después queremos creer  
en lo hecho,  
en el castillo de arena  
antes que venga la ola,  
queremos hacer durar lo propio  
y hacer hogar humano  
donde hogar humano  
no habrá.

Pero lo perdido,  
lo de veras perdido,  
quién cuenta la otra historia,  
la real,  
la rechazada, la reprimida,  
quién la rescata,  
hundida abajo como está  
en el mar salado  
de incontables lágrimas.

Cierro mis ojos,  
vuelco mi mente hacia adentro,  
reverencio y agradezco vivir.

Respiran más lento,  
las caras se hacen serias  
y se cierran sobre sí mismas,  
parecen cuidar lo íntimo,  
el silencio crece  
y el respirar es aún más lento.

Algo ocurre en la sala,  
no sé nombrarlo,  
nace la paz tal vez  
o algo sagrado,  
paz sagrada quizás,  
y el tiempo va  
en pasos lentos  
impregnado de riqueza  
por nuestras vidas.

Les invito  
a respirar lento y fuerte,  
a finalizar el ejercicio.  
De a poco abren sus ojos,  
lo hacen con timidez,  
como queriendo proteger  
su acrecentada intimidad.

Se levantan,  
se aprestan a ir,  
caen palabras sueltas  
aquí y allá.  
Se van.

Cierro la puerta  
creyendo saber  
que algo bueno ocurrió  
en sus corazones sensibles.

Me dice:  
me estoy quedando sola,  
no me interesan las cosas  
que antes me interesaban,  
veo lejos a mis amigas,  
a mi marido no lo entiendo,  
sola me estoy quedando,  
pero no quiero volver atrás.  
He vuelto a tejer, a bordar,  
saqué cosas guardadas,  
ocupo mis manos  
y soy feliz.  
Veo a los míos riendo,  
conversando de esto y aquello,  
pero no participo.  
Ando con esto serio  
aquí en el pecho,  
esto serio y bueno,  
y no quiero soltarlo -  
pero me apena verlos  
lejos y livianos,  
sin lo propio casi,  
casi sin vida.  
Entonces sola.  
Mis tardes llenas de paz,  
mis plantas, mis libros,  
la luz de la tarde  
o en la pieza,  
dibujos, música,  
mi sillón y la lámpara.  
Sola y plena,  
a veces con pena, sí,  
pero no quiero volver  
a lo que fue mi vida.

Te sentaste  
en el sillón frente a mí,  
sonreíste relajado y me dijiste,  
gracias, te doy las gracias.  
Me ayudaste a cambiar,  
a ver con otros ojos,  
a sentir con el abdomen,  
a respirar en profundidad.  
No sé qué será de mi vida,  
no tengo idea,  
pero confío y eso es.  
Te miré a los ojos,  
examiné tu sonrisa,  
evalué verdad y apariencia,  
dejé resonar tus palabras,  
tu tono de voz,  
sí, genuino, no hay doblez,  
y recordé tu camino,  
tus numerosas caídas,  
los fallidos intentos  
y las muchas lagunas  
entre avanzar y perder.  
Me contaste de ti,  
de lo que te era caro,  
de naturaleza, arte, niños.  
De los tesoros  
que guardaste en el corazón  
allá de joven,  
de esperanza, de generosidad,  
de pasos simples  
por un sendero boscoso.  
En la puerta  
sonreíste relajado una vez más,  
y ahora fui yo quien dijo  
gracias, muchas gracias.

El Bosco ya lo dijo  
siglos atrás  
al pintar la procesión  
de papas y reyes,  
de obispos y seguidores,  
atrás la gente rica,  
en pompa y gloria  
todos derecho al infierno,  
al mostrar  
las miles de mentiras,  
las arrogancias miles,  
pero al lado, abajo,  
pobres,  
el simple y el viejo,  
el perro flaco,  
la acción verdadera,  
casi sin permiso  
para ser.  
Se repiten generaciones  
una tras otra,  
arrogancia, poder, riqueza,  
terror y sirvientes,  
y la gloria propia,  
aquí, ahora,  
que todos la reconozcan.

Pero  
con quienes se caen  
de la alta procesión  
podemos compartir  
agua y pan,  
palabra y sonrisa,  
y juntos ir  
el camino de vuelta  
a la gracia del vivir.

Veó delante de mí  
el sillón vacío  
que mañana alguien usará.  
Contará su verdad,  
a ver si puedo dar alivio  
a su peso y su dolor,  
a ver si entiendo yo  
lo que otros no quieren,  
si sé valorar  
intenciones y buenas acciones  
derrochadas día a día  
sobre personas que no ven,  
que entienden mal  
o que agreden sin razón.  
¿Qué será?

Y  
ahí andaré buscando  
detrás de su versión  
el pulso de veras,  
el real sufrimiento,  
la vida suprimida  
con tanta intención  
y buena acción,  
a ver si percibo  
la otra historia,  
la no contada,  
si sé sacarla  
de su encierro  
y ponerla adelante,  
que ahora sea ella  
la válida, la preciosa,  
y se relate  
en ingenuidad y gracia.

No sé.

Has dejado teñir tu vida  
con las cosas de otros,  
pero ahora te pido  
que muestres lo tuyo,  
que con lo tuyo tiñas el mundo.

Me miras incrédula.

¿Yo, con lo mío?

Sí, tú, con lo tuyo.

Callas, piensas.

Intuyo

una pequeña tempestad  
en tu corazón despierto.

Ganas y pudor,  
anhelos e inseguridad,  
impulsividad y freno.

Me preguntas mil cosas  
y yo dejo que sea.

Algo se asienta,  
con cada pregunta algo se afirma,  
con cada duda algo es más seguro.

Jugamos  
como el gato con la lana,  
toma ahí, ahora quito,  
y el tiempo lo ganamos juntos.

Sí, me gusta,  
pero no sé,  
no sé si podré tan luego.

¿Tú crees?

Y quien ahora se va  
no es quien entró aquí  
una hora atrás.

Entre queja y aserción  
me dices resignado,  
quieres que aprenda  
todo de nuevo.  
Sí, y de otra manera.

Se crea un silencio  
duro y largo.

Pero al fin  
salta una idea fugaz  
que seguimos entretenidos,  
¿un té?, ¿nueces?,  
conversamos distendidos  
y compartimos el tiempo  
como los amigos que somos,  
joviales de ánimo.

Y de vuelta:  
vamos, es posible.  
Claro,  
pero no sé por dónde,  
no sé si lo podré, si lo lograré.  
Mientras no lo intentes  
no podremos saberlo.  
Te sonríes,  
vencido o cómplice,  
quién sabe.

Así  
como te levantas  
y caminas hacia la puerta  
quiero intuir  
que sí, que desde luego,  
que claro.

Hace milenios vienen creando  
sistemas de convivencia,  
arreglos según moda y tiempo,  
pretenden mejorar  
el ir de la naturaleza  
y determinar las reglas.

Ahí van entonces,  
construyen y comercian,  
intervienen e inventan,  
siembran mentiras y recogen poder,  
quien más, quien menos,  
gentes astutas y temerosas,  
de estos sistemas  
quieren saberse parte,  
quieren ahí ser útiles,  
que ahí se les valore,  
se les brinde un buen lugar  
para entonces vivir seguras.

Lo dan todo,  
voluntad y esperanzas,  
vitalidad y salud,  
quieren justicia  
por tan buen pensar,  
quieren no más problemas,  
piden llegar por fin  
a tierras prometidas,  
arrastrándose,  
a metros del sepulcro,  
y no ven.

¿Estará harta de nosotros la vida,  
la naturaleza,  
la bella, la bendita?

Me miras con ojos  
de duda o pregunta,  
piensas, claro,  
quieres encontrar el giro  
que te redima  
y a mí me muestre errado,  
suspiras, piensas,  
finalmente preguntas algo,  
cualquier cosa,  
quieres despistar, ganar tiempo,  
pero no preguntarte a ti  
lo que yo te pregunté.

Entonces  
tienes siempre la razón,  
y la vida misma  
tiene que confirmarla  
paso a paso,  
tu maniobra, tu astucia -  
ahí vas ordenando  
la mente de los tuyos  
para que sí, también ellos,  
sean parte  
de tu ingenioso poder,  
sean sirvientes leales  
de cuanto te viene en mente.

Te ahogas  
en la frustración  
de tus numerosas demandas,  
pero antes arrastras  
a quien está a la mano,  
le quitas el aire, la esperanza,  
daño sobre daño,  
macabro fin  
de quien nació años ha  
a esta vida preciosa.

Lo tenemos todo.  
Día a día  
se nos da la vida,  
se nos abren puertas  
a valle y mar,  
a bosques preciosos,  
a sentir lo necesario,  
a movernos y participar.

No cabe más  
que la reverencia profunda,  
que la gratitud emocionada,  
estos beneficiados  
que somos nosotros  
de tanta inmensa injusticia  
regalada a nuestros pies,  
maravilla del vivir,  
nunca suficiente  
sino siempre más,  
días, meses, años,  
décadas también  
para quien quiera dudar.

Belleza tras belleza:  
en niños, en animales,  
en hojas, viento y sombras,  
en las horas del día,  
en la otra persona,  
delicias y amor,  
en la música del sentir,  
bendición terrenal,  
más sobre más,  
la fuente inagotable.

Trabajaste duro  
para destruir tus prejuicios,  
para abrirte a lo propio,  
para aceptar y admirar.

Cada escrito  
era un pedazo de vida,  
un ingreso a lo nuevo,  
dudando, osando,  
blanda e insegura  
hiciste tu andar  
hacia las fuentes de lo tuyo,  
paso tras paso  
el camino precioso -  
y un día dijiste:  
basta, quiero asentar,  
profundizar en lo nuevo,  
sumergirme y serlo.

Pasaron los meses.  
Un día recibí  
un nuevo escrito:  
que estabas esperando,  
que donde no había  
ya ninguna esperanza  
ahora viene un niño,  
y que estabas feliz.

Recordé los días  
en que caminaste  
desordenada pero humilde  
al encuentro de ti,  
agradecida de vivir.

Doy gracias,  
por estar vivo,  
por tener otra ocasión,  
por poder seguir viviendo,  
a ver si ahora  
soy leal con la vida,  
con la que me posibilita,  
con la que me lanza al tiempo  
esta preciosa vez.

Me arrepiento  
de tanta arrogancia,  
de las astucias miles,  
de aprovechar aquí o allá  
pensando que ganaba,  
de ir por las horas  
pidiendo o reclamando,  
de no ver lo visible,  
de pensar y de no sentir,  
de pasar al lado  
de niños y animales  
sin dar, entender o cuidar,  
de mis recelos y temores  
frente a todo lo regalado,  
me arrepiento  
de orgullos y cegueras,  
de conveniencias e impaciencias,  
de creer cuentos.  
Miro atrás y agradezco,  
miro hacia mañana y confío.

Hace días yace  
tu oración  
sobre mi mesa.

Calor  
se desparrama por mi piel,  
calor y dulzura, en verdad,  
juntas recorren mi superficie,  
ablandando y liberando  
hacia un sentir  
tranquilo y pleno.

Con otros ojos  
veo ahora  
la realidad que me circunda,  
respiro distinto el aire  
que en torno a mí se hace  
aquí y allá  
más brillante, más genuino,  
más vivo tal vez.

Mis movimientos  
se transformaron,  
livianos e inocentes  
van al objetivo  
o me llevan  
a ventana o puerta,  
y comparten la tibieza  
de mi piel feliz.

Me has contado  
tus experiencias recientes  
con párpados tranquilos,  
con luz en tu cara  
y voz clara -  
y yo me alegro  
que te sepas cuidar.

Es la vuelta a ti,  
a tu modo natural,  
a que expreses  
lo que en ti yace,  
ahí esperando  
que lo despiertes.

Es soltar el cuento  
que en infancia y juventud  
te vendieron sin vergüenza  
y tú compraste  
de buen corazón  
y confiando sin dudas.

Es madurar y florecer,  
es llevar frutos  
y una vez maduros  
dejarlos caer,  
flores tuyas,  
frutos tuyos,  
todo lo tuyo  
a tu manera y verdad.

Es ver si de ti  
se tiñe un poco  
lo que te circunda,  
de tu intimidad,  
la entrega, lo sensible,  
libertad y cariño,  
las muchas señas  
de tu vuelta a ti.

Eras  
parte del mercado,  
sentías, hacías,  
interpretabas, creías,  
era tu mundo.

Un día descubriste  
el antejardín de tu casa,  
ahora tenías dos lugares  
para ver y vivir.

Otro día entraste  
a tu casa apenas,  
pero saliste pronto  
a mercado y calle.

Te pedí  
que en casa busques  
las otras piezas,  
la pieza de estar,  
tu dormitorio.

Lo hiciste nerviosa,  
querías volver a la entrada  
y ver afuera  
el antejardín, el mercado.

De a poco  
te acostumbraste,  
comenzaste a querer  
tus espacios interiores.

Lo tuyo,  
devuelto paulatinamente  
a tu mirada, a tu sentir,  
aquí, ahora.

Rompí el reloj,  
me dijiste con cara maldadosa,  
no existe más,  
sonreíste cómplice,  
ahora siento  
el paso del tiempo -  
de ganas en ganas,  
o madurando lo desconocido  
de a poco más intenso,  
en la sangre lo siento,  
en desarrollos paulatinos,  
en medio del presente  
un caminar  
grandioso, fuerte, transparente,  
esfera de mi existencia  
en cuyo centro voy asombrado,  
riqueza multiplicada  
y ahora plena en el sentir.

Destruí la medida,  
y voy de luz en luz,  
de anhelo en anhelo,  
de pena en pena,  
mis tiempos llenos  
de la verdad de vida  
que en mí se expresa,  
vertiente inagotable,  
flujo precioso,  
del día a la noche  
y de la noche al día  
la experiencia maravillosa,  
lugar de residencia, hogar,  
aquí adentro.

Y si yo andaba equivocada  
creyendo lo que todos creen,  
¿por qué ellos no tropiezan,  
me preguntaste,  
qué es de ellos?

Quizás, te respondí,  
hay más sufrimiento allá  
que el que se ve,  
llantos contra la almohada  
o angustia en la ducha,  
y aguantan sin esperanza,  
o un día, como tú,  
se quiebran y buscan -  
las personas generosas primero,  
las sensibles, las despiertas,  
no pueden más.

No lo entiendo, me dijiste,  
no lo entiendo.  
Claro, yo tampoco,  
pero no tienes otra,  
o te respetas y te cuidas,  
o vuelves allá -  
hasta la próxima.

Bajas la mirada.  
El camino difícil.

Intuyo  
que mañana, un día,  
lo aceptarás, humildad y todo,  
inocente, como de nuevo,  
el camino maravilloso.

En el ir y venir  
de nuestro conversar  
nombré cosas esta mañana  
que tocaron profundo  
en tu alma defendida.

Bajo la sorpresa  
te moviste en el sillón,  
alcanzaste al té  
y probaste un sorbo,  
te reclinaste cuidadosa,  
buscando, sintiendo,  
ya casi aceptando,  
de a poco abriendo  
lo que estaba cerrado,  
una nueva paz  
emergiendo como luz  
en tu frente abierta.

Te llevé a hablar  
de otras muchas cosas  
- que nada altere lo ganado -  
y el tiempo fue  
por avenidas entretenidas  
mientras adentro se asentaba  
la nueva mirada,  
la nueva aceptación,  
la comprensión de lo tuyo.

Cuando te fuiste  
creí ver también en tu caminar  
la misma luz de tu frente,  
asertiva, segura,  
la bendita paz.

La enfermedad  
te tiene acorralado,  
casi con inocencia te presta  
al tiempo que corre,  
como jugando, quizás esperando,  
te expone y te muestra,  
mientras tú, inatento,  
imbuido en tus cosas,  
ganas horas que marcan tu perder.

Te di mi opinión  
sobre renunciás,  
sobre humildad y gratitud,  
sobre reverencia y cuidado.

No sé lo que fue.  
Pero algo pasó y me miraste  
desde el terror que reina  
en tu alma reprimida,  
los ojos abiertos en oscuridad y dolor,  
honrados, sufrientes, preguntando algo,  
pidiendo clemencia.

Te mostré un camino,  
el tiempo que recibes,  
los frutos de la lealtad,  
nombré finalmente  
incertidumbre y confianza  
entre grandes silencios tuyos y míos.  
Con ojos cómplices  
me dijiste gracias,  
débil, resuelto - claro,  
de nuevo entusiasmado.

La larga historia  
de nuestro vulnerable pasado,  
siempre de nuevo retomada,  
niños tras niños,  
los niños de los niños,  
nuestros antepasados,  
la larga maravillosa historia  
ahora visible:  
qué milagro  
entre tantos peligros,  
de madre en niña,  
de huérfana en hija  
y más allá, en nietas,  
nosotros, entonces,  
compartiendo con todos,  
con nuestros hermanos  
en sabana y bosque,  
en río y aire,  
nosotros,  
débiles y graciosos,  
creativos y buenos,  
a la puesta del sol amantes  
o amaneciendo  
asombrados y reverentes.  
Y de pronto guerra,  
saqueo, riquezas, dominio,  
miedo y agresión  
en el corazón apurado.  
O un poco menos duro  
en tiempos de paz la tensión,  
apretado el corazón.  
Y tú me pides que te indique  
cómo volver  
a la historia de antaño.

Deja de pelear.  
A más reconquista  
más pierdes.  
Renuncia, deja que sea -  
que con tanta lucha  
te vas perdiendo a ti,  
día tras día,  
tú a ti.

Llora,  
suelta la pérdida,  
camina, pinta,  
escribe cartas  
que a nadie después  
enviarás.

Lo que pierdes  
aquí en el corazón  
constrúyelo invisible  
- el sentido -  
con cariño,  
cuidando,  
a nadie ahora asible  
en medio de ti.

El niño lo puede  
cuando estira el brazo  
y alcanza el juguete -  
entusiasmado  
en medio del mundo  
y es uno,  
él y juguete.

Nosotros ya no.  
Nos engañamos,  
hablamos de cosas  
que ocurren ahí,  
de personas,  
dividimos la experiencia  
y nos acomodamos,  
pero somos nosotros,  
y elegimos  
lo que calladamente  
a nosotros eligió.

Recién  
aceptando la unión  
logramos a veces ver  
un poco de lo otro  
y nos sorprendemos -  
como niño  
que aprende.

Te felicité,  
pero sólo sonreíste,  
fue por temor que lo hice,  
era peor no hacer nada,  
la angustia  
me estaba matando.

Abandonaste lo conocido,  
ciego entraste, confiando,  
a lo nuevo,  
a posibilidades distintas,  
a escenarios de vida  
por nadie compartidos  
de entre quienes te rodean.

Como un náufrago, cansado,  
a quien la ola tiró a la playa,  
se yergue apenas,  
rodillas blandas,  
y camina hacia adelante,  
hacia cualquier parte,  
alejándose del agua,  
ingresaste a lo tuyo.

Ahora vas tranquilo,  
seguro de ti, de la vida,  
fuerte, despierto,  
después de tanto aprender  
de quiebre en quiebre,  
de tanto cruzar  
lo difícil mil veces,  
el amedrentado valiente,  
y sonrías humilde  
cuando se te habla.

Solos,  
cuán solos somos,  
y lo que vemos  
no es más que lo nuestro  
hasta que despertamos  
un día y cruzamos.

Nuestras maniobras,  
las lógicas aprendidas,  
los propios intereses  
pintando la realidad  
que después aceptamos,  
ingenuos, engañados  
por nosotros mismos.

Solos ahora  
pero asumiéndolo,  
cargando lo nuestro  
como manta cayendo  
desde los hombros,  
realidad, dignidad,  
humilde seriedad,  
más enteros,  
más profundos,  
solos, muy solos.

Del enredo  
les nace la violencia,  
las acciones malas,  
sus muchas consecuencias -  
y al lado de sus caminos  
arde el incendio del alma.

Creen que insistiendo  
en sus prejuicios infantiles  
reconquistarán el bien  
por los siglos de los siglos.

Y tú ahí en medio,  
herida ya,  
queriendo creer que exagero,  
que distorsiono,  
que no puede ser.

Es mi gente,  
el mundo que conozco,  
donde crecí,  
no me digas eso,  
¿dónde si no,  
cómo,  
puedo entonces vivir?

Mi silencio  
es elocuente.  
Lloras acorralada.  
Piensas  
leal con ellos  
o leal conmigo misma.

No sabes.  
Sollozas perdida.

Es grande la tarde.

Oh, los niños,  
expuestos a toda dureza  
crecen sin embargo  
en medio de nosotros  
hacia su futuro lejano,  
día a día  
aprendiendo a jugar  
nuestros juegos inverosímiles,  
día a día  
aprendiendo a negar  
sus muchas bondades.  
Y los jóvenes, más tarde,  
generosos quieren ser,  
van y ayudan  
al hermano rezagado,  
a la muchacha pobre,  
construyen, alimentan,  
acogen y sirven -  
pero sucumben igual al otro día  
de vuelta en su mundo,  
sucumben y se esfuerzan  
y se imponen.  
Y a quienes  
les besaron los pies,  
antaño, a los meses de edad,  
ahora se les teme,  
ahora se les sufre,  
así como van  
en medio de sus juegos  
de triunfo en triunfo  
conquistando prestigio  
para sus almas vacías.

Pero los niños,  
los blandos...

Primavera, me dijiste,  
es en mi alma,  
en mi vida, en todo,  
hacia donde miro  
hay luz, hay colores,  
todo brilla  
con recatada felicidad,  
y yo camino en medio  
de mi alegría, de mi gratitud,  
respiro y soy.

Recuerdos casi no tengo  
de todo aquello por fin lejano,  
de gente, tensión y miedos  
- distancia dichosa -  
algo mío  
se derrama desde mi interior  
y llena mi alrededor,  
plenitud del corazón  
fluye hora tras hora  
y cubre cosas queridas.  
En las tardes, incluso,  
cuando comienza la oscuridad,  
prendo una vela solitaria  
para que alumbre lo justo  
y no se pierdan matices,  
preparo un té de manzanilla,  
me siento en el sillón  
y me dejo sorprender  
por la luz adentro aquí de mí -  
sintiendo que querría  
ser una artista, una pintora,  
una pianista, quién sabe,  
y decir de mil maneras:  
primavera.

¿Con cuánto menos,  
preguntaste al aire,  
con cuánto menos  
se puede vivir?

Conocí gente, narraste,  
que viven con tan poco,  
pero hay alegría  
en sus caras limpias,  
casi no conocen  
de lo que está repleto  
nuestro mundo práctico,  
pero extienden generosos  
sus manos simples  
señalando hacia uno:  
¿en qué puedo servirte?

Con mis riquezas  
ante ellos  
me sentí mendigo,  
avergonzado ando  
y busco y no encuentro.

Dime,  
¿con cuánto menos  
he de vivir?

Trajiste dos manzanas,  
a que a mitad de mañana  
hagamos un alto.

Nos reímos  
de la historia antigua,  
y felices las comimos  
conversando del camino  
que has hecho.

Y hacia adelante,  
te pregunté,  
¿qué ves?

Me contaste  
de inclinaciones,  
de preferencias y cariños,  
de gustos  
y de acciones  
cercanas a tu corazón.

Te vi confiada  
mirando hacia el futuro,  
hacia lo desconocido,  
hacia el tiempo  
en que podrás  
derramar lo tuyo  
por encima  
de tus circunstancias  
y ser.

Agradecí de nuevo  
tu manzana,  
sonreímos como niños  
y nos despedimos contentos.

Descanso en mi sillón,  
al frente el otro sillón  
está vacío.

La luz invita a decantar,  
a pensar sobre  
las historias que me cuentan,  
los procesos del madurar,  
los quiebres muchos,  
los cambios dolorosos,  
y a ver un renacer aquí y allá,  
una felicidad irrepetible,  
un futuro más sano.

Siento el placer de estar  
en el cruce de caminos  
de sus corazones solitarios,  
ayudando  
a valorar lo propio,  
a querer lo dado,  
a reverenciar y a agradecer.

La tarde expresa  
su naturaleza generosa,  
la luz lo reafirma  
aquí en el sillón  
y afuera en los árboles,  
en los montes lejanos.

Paz  
se derrama sobre la hora.

- página en blanco -

## **El Pintor**

Con pasos de monje  
me acerco a la tabla preparada ayer,  
deseoso de pintar  
- al igual que otros -  
experiencias santas, anhelos, sufrimiento,  
sino y gracia,  
voy urgido a expresar  
con líneas serias, con colores sagrados,  
lo que quiero decir,  
a ver si logro mostrar  
lo que apretado aquí en el corazón  
quiere salir por fin: la reverencia infinita.

Mi taller  
en feliz desorden lo tiene todo:  
telas, papeles, cartones,  
óleos, pigmentos, aceite,  
pinceles, carbones, lápices,  
trapos para limpiar,  
incluso para mí  
hay taza y tetera,  
que en mañanas de frío  
no me sienta solo.

Por la ventana amplia  
veo la enredadera, unas rosas,  
manchas de pasto -  
y hacia adentro de mí  
veo tanta imagen bendita  
que tiene que salir  
a superficies dispuestas.

## El Profeta

No tiene nada, casi,  
así como lo ves,  
su ropa, el calzado,  
quizás guarda cosas  
en algún bolso pequeño,  
lleva sólo un palo largo  
en su mano delgada,  
incluso el perro a su lado  
parece no pertenecerle,  
así como van amigos  
el uno del otro.

No grita, no anuncia,  
no culpa a nadie,  
no busca acólitos  
ni enseña algo.  
Va por ahí  
con el perro al lado.

Es su vida.  
Es lo propio  
lo que anticipa,  
lo que muestra  
la llegada de lo santo,  
lo próximo,  
lo que en él es  
pero en nosotros  
aún se anuncia.

Y está en su cara,  
en sus ojos brillantes,  
la segura luz de una vida  
plena de gracia.

## María

María de los suburbios,  
de las favelas,  
de las poblaciones incontables,  
del campo y de la ciudad:  
sentada al sol  
con el vientre grande  
esperando a tu niño dios,  
relajada y con el tiempo  
madurando tus minutos exquisitos  
hacia adelante, hacia el futuro,  
tranquila, dulce -  
a veces recordando  
las locuras con José bendito,  
a veces imaginando  
los meses amamantando,  
tu mano apoyada  
y sintiendo la vida  
dentro de ti.

No falta la amiga,  
la Isabel querida,  
que te dice cosas lindas  
desde su propia experiencia,  
que te da seguridad  
y te anuncia  
un futuro precioso.  
Escuchas y sonríes,  
la paz en torno a ambas.

## El Paralítico

He sido un hombre  
de principios rectos,  
claro, justo, veraz.  
Pero vinieron los años,  
y junto a los años  
mi justicia me arruinó,  
me encerró en mis ideas  
y no supe salir.  
Conocí toda vuelta  
de cada escritura,  
pero en mi corazón  
dejé de saber.  
Enfermé.

Me dolían las rodillas,  
las caderas temblaban, los codos,  
las manos cedían y soltaban,  
me acostaron en camilla  
y me traían comida.  
Un día mis familiares  
me llevaron donde uno  
que decían hacía milagros.  
Por el techo me entraron  
entre toda la gente.

Me dijo:  
tu justicia ya no vale,  
te olvidarás, hermano mío,  
de trasgresiones y principios,  
ahora eres libre,  
anda ahí y ama a tu gente.

Envuelto en su cariño  
me levanté y me fui,  
la camilla en mis brazos.

## El Aduanero

En su vista escondida  
ya lo conoces,  
cómo ha robado,  
cómo, en nombre del rey,  
amedrentó y saqueó  
y su propia casa enriqueció.

Junto a otros delincuentes  
estaba almorzando  
cuando entró alguien,  
se sentó a su mesa  
y conversó con ellos.

Entró más gente,  
hubo una discusión,  
que por qué  
almorzaba con ellos,  
preguntaron unos tipos,  
y él dijo cosas,  
recuerda el aduanero,  
que los ricos  
no necesitan médico,  
creo, o algo así,  
entonces unos se fueron  
y otros se quedaron.

No quiere contar más,  
gira la cara,  
quiere terminar e irse.  
Pero otro lo retiene,  
espera, le dice, aún no,  
escuchemos.

## Jesús

Llevado por tus ideas  
creíste que era correcto,  
que era necesario,  
y que lo sagrado triunfa.  
Acompáñenme, les dijiste,  
Simón y Andrés te siguieron,  
también Jacobo, Juan, Levi  
y muchos otros.

Comparaste  
ingenuidad y cálculo,  
cariño y negocio,  
escrituras y malas costumbres,  
claro,

y lo mostraste:  
la plenitud es ahora,  
lo sagrado es aquí,  
cambien su pensar.

No viste.

Algunos dudaron,  
el temor envenenó  
sus corazones pusilánimes,  
te estudiaron con odio,  
prepararon su defensa  
y se organizaron.

Había poder que perder,  
prestigio y seguridad,  
se hicieron señas,  
algunos incluso  
sonreían en adelantado,  
veían con optimismo  
tu pronta derrota.

No lo viste.

## El Creyente

No fui feliz  
con lo que he vivido,  
mal me han pagado  
los muchos esfuerzos  
que a diario hice  
por familiares, amigos, extraños,  
no vi luz ni alegría  
sino una oscura nube  
que me oprimió y me quitó el aire  
que necesito para vivir.

En mis anhelos  
he descubierto mil soluciones  
que ayudarían a un buen vivir -  
mas nadie oyó,  
nadie se interesó.

Pero ayer escuché a un santo  
que nombraba cosas  
preciosas, simples, fuertes:  
la fuerza de la fe,  
la inocencia, el perdón,  
la presencia de dios -  
y supe, es él, por fin,  
el mesías.

Hoy mi vida es distinta,  
luz emana de mi cara feliz,  
voy liviano  
por los caminos de siempre,  
rezando, bendiciendo,  
dios a mi lado.

## La Mujer Enferma

No supe más de la alegría  
antaño, antes que enferme,  
todo me era difícil,  
la vida se desarmaba frente a mí,  
se evadía hacia la nada.  
Un día comencé a perder sangre,  
doce años atrás, irregular y poco,  
pero con los años empeoró,  
andaba débil y sin ganas para nada.

Ayer lo vi,  
lo reconocí desde mi alma,  
supe de inmediato  
que en él estaba mi vida.  
Me acerqué por entre la gente,  
apretaban, resistían, no me dejaban pasar,  
pero insistí, rogué, miré a los ojos,  
y de a poco avanzaba y ya lo tocaba.  
Mientras hablaba giró  
y con ello la gente se movió,  
aproveché un espacio, alargué el brazo  
y lo toqué.

Me remeció su fuerza,  
luz golpeó mis entrañas,  
sané de vientre y de corazón.

Después me habló delante de todos  
- a mí, a mí -  
mientras yo tiritaba de miedo  
por haberlo tocado:  
divinizada me siento ahora,  
amada y bienaventurada.

## La Niña

Soy la más callada  
de entre todos  
en mi extraña familia:  
todo lo observo  
y pienso para mí  
cómo son las cosas.  
A nadie le interesa  
lo que a mí me interesa:  
las mañanas luminosas,  
los pájaros libres,  
el gusto del agua  
o los aromas en la tarde.

Me encerré,  
no quise exponer  
a los amigos de mi alma,  
y un día ya quería morirme.  
Enfermé, caí en cama,  
y en mi familia todo seguía igual,  
quizás yo molestaba.  
Cuando creyeron que había muerto  
gritaron y lloraron, parece,  
vino alguien, según me dijeron,  
y dijo cosas.

Algo cambió  
en la pieza donde yo estaba,  
desperté, sentí algo grande  
y pude abrir los ojos.

Igual nadie me entiende,  
pero ahora no me ignoran,  
mi madre o mi padre.

## El Soñador

Mi vida está llena de demandas,  
todos quieren algo de mí,  
que haga cosas bien y pronto,  
no tengo tiempo para nada.

Se me ha enredado el vivir,  
no sé como avanzar  
con tanta idea cruzada  
sobre mi camino ya sin sentido.

De noche he tenido sueños malos,  
de pesadilla en pesadilla  
cruzo las horas oscuras  
y despierto con el pulso corriendo.

Pero hoy soñé bien,  
una niña iba por los aires  
en su dulzura primaveral,  
ingenua y suave, una virgen de luz.

Caí a sus pies y la adoré.  
Me sonrió con delicadeza  
y en mi corazón se despertó  
la plenitud de mi futuro.

Me siento un hombre de mar  
llegando finalmente a puerto,  
a la ensenada en que construiré  
una vida terrenal y santa.

## La Esposa

Fui feliz  
cuando te nombraron al puesto  
que anhelaste asumir  
para mejor servir la causa de dios.

Juntos hicimos esfuerzos  
para un cumplimiento eficaz  
de tu alta responsabilidad.

Pero desde que anda  
ese hombre con sus seguidores  
merodeando campo y pueblo  
tu cara ha cambiado,  
llegas tarde a casa,  
hay enojo en tu frente  
y no quieres comer.

Ando preocupada  
porque tu mirada es oscura  
y tus labios van apretados.  
Ya no me hablas como antes,  
parece que piensas mucho,  
la luz se ha ido de tus hombros.

Cuando te vas rezo por ti.  
Mis oraciones impregnan la casa,  
velas, torá, paños,  
todo apunta a ti,  
a nuestra vida en dios,  
rezo y rezo,  
a ver si aclaro la sombra  
que cayó sobre mesa y cama,  
a ver si alejo mis pesadillas  
de violencia y odio -  
tal vez algún día  
tú vuelves sereno y amante,  
paz en el corazón.

## El Ciego

Llegó el día en que no quise más.  
Me retiré de toda bulla,  
igual siempre salía perdiendo.  
Me aislé, callé, me protegí.  
Fui perdiendo el interés  
y a la par mi vista.  
Siguieron años oscuros  
con la mano estirada  
a la orilla del camino.  
Aquí o allá  
había mujeres generosas,  
me daban limosna,  
me apretaban la mano  
o me traían comida fresca.  
Pero otros reclamaban,  
se mofaban o me despreciaban  
y decían cosas.  
Mi refugio se transformó,  
un día ya fue cárcel,  
una cárcel negra  
peor que todo lo otro.  
Pero David es misericordioso.  
Cruzaba gente por delante de mí  
y entre ellos un rabino  
que escuchó mis gritos,  
me habló  
de la confianza y de la fe  
y le devolvió la luz  
a mis débiles ojos.  
Y ahora voy en su huella,  
confiando y rezando,  
mi alma llena de gracia.

## El Asno

Mi vida es simple  
desde que me separaron  
de mi madre:  
como el pasto que traen  
o a veces recojo  
yo mismo lo que crece  
a ras del suelo.  
Durante muchas horas  
me amarran a un palo  
para que no me escape,  
como si quisiese arrancar,  
el dócil que soy.  
Ayer vinieron dos  
que me soltaron y llevaron  
a las afueras del pueblo,  
me cubrieron con mantas  
y un hombre flaco  
se montó con cuidado  
sobre mi lomo juvenil,  
me pusieron flores en la cabeza  
y en torno a mis orejas,  
la gente  
tendió hojas de palmera  
camino a la ciudad  
y gritó y cantó.  
Cuando me devolvieron  
con los míos me sentía liviano,  
los niños me miraban,  
indicaban sobre  
las flores en el cuello  
o sobre mis ojos blandos.  
Me trajeron agua  
y fui feliz.

## El Orador

Me gusta rezar.  
Me inunda un sentir  
blando y sagrado,  
un anhelo espiritual  
que surge de mis entrañas  
e ilumina mi vida.

Busco palabras  
y encuentro necedades,  
construyo historias  
que son mentiras,  
pero en sus imágenes  
se entreteje mi verdad:

dar, perdonar, confiar,  
entregarse y dar gracias -  
casi un sollozo  
de alegría y luz,  
esta emoción pudorosa  
y plena de vida.

Entonces me parece  
que todo es santo,  
animal y vertiente,  
niño, anciano, viento,  
noche, sonrisa  
y el precioso compartir.

## El Obrero

Mi abuelo fue pobre  
pero digno en su esfuerzo,  
así fue mi padre,  
silencioso y trabajador,  
en mi casa nada faltó:  
pan tuvimos, agua, techo  
y su estable presencia.

Hice lo mío  
con lo que pude,  
y tengo tres hijos vivos  
sin contar los que enfermaron  
delante de nuestros ojos.

Tuvimos que pelear  
para este militar o para el otro,  
manchamos nuestras manos  
en quienes eran igual que nosotros,  
pero con más suerte que ellos  
sobrevivimos el mal:  
abuelo, padre, yo.

He trabajado sin descanso  
mientras el señor de la tierra  
construía, cazaba y viajaba.  
Por ahí me saludaba de lejos  
pero nunca nada cambió.

A veces  
tengo tiempo para pensar,  
entonces me pregunto si arriba,  
en cielos sagrados,  
hay justicia y piedad,  
si hay una mano generosa  
que algún día alcanzará a mis hijos  
o a los hijos de ellos  
y les hará más liviano el vivir.

## Jesús II

Te fuiste apasionando  
con el ánimo de toda la gente  
que te seguía de pueblo en pueblo,  
ibas a todo paso más confiado  
que lo tuyo era lo correcto,  
que estaban mal los poderosos,  
que todo era tan simple.

Y con la confianza  
surgió la desmesura, el arrojo,  
casi la arrogancia -  
limpiaste templos,  
proclamaste el futuro  
y el peligro lo giraste  
a favor de lo que decías.

Claro, te espiaban,  
te seguían y hacían preguntas,  
no podían entender  
las fuentes de tu poder,  
el poderoso arraigue en el pueblo,  
dudaban, deliberaban,  
cada día más desesperados.

Te juzgaron,  
pero aún así rechazaron  
los cargos falsos.  
Sólo cuando te auto-proclamaste  
Hijo del Bendito  
no hubo más defensa para ti.

Tu fe  
- en medio de los tuyos -  
te mató.

### Jesús III

Unas son las ideas,  
otra la vida -  
y no siempre van juntas.

Soltaron la crueldad  
desde sus corazones incapaces,  
cada uno a su manera,  
los altos instigando y presionando,  
otros lavándose las manos,  
militares y truhanes  
golpeando, escupiendo y clavando.  
El dolor preparó el camino,  
el negro pasar de minutos y horas,  
lentamente viendo,  
lentamente viendo más y más,  
y en la oscuridad del sufrimiento  
la desesperanza te condujo  
a la revelación final:  
Eloi, Eloi,  
¿por qué me has abandonado?

Moriste gritando  
mientras otros se mofaban y reían,  
y un capitán cobarde  
hablaba tarde por ti.

Hermano,  
tampoco nosotros lo hemos resuelto,  
- después de tanto tiempo -  
aún hoy siguen matando  
a los generosos de alma,  
a los inocentes, a los buenos,  
sin ninguna misericordia.

## Las Mujeres

María Magdalena,  
María y Salomé  
observaron todo lo que ya sabían,  
el poder, la crueldad y la muerte.  
Aterradas miraron desde lejos  
por encima de la gente,  
te vieron lentamente morir  
desde sus corazones generosos,  
ellas mismas muriendo  
en sus almas angustiadas.  
Sollozaron escondidas,  
abrazadas una a la otra  
se bañaron en las lágrimas  
que fluían sin parar,  
sollozos sobre sollozos,  
destrozadas por dentro  
y mil veces clavadas  
a una cruz sin sentido.  
Cuando fueron el domingo  
con especias y aceites  
y tu cuerpo no estaba  
les resultó  
tan falto de medida  
que hayan robado tus restos  
que les resultó natural  
que hayas resucitado.

Se devolvieron a Galilea  
con este consuelo,  
caminando de lamento en llanto  
y mojando ojos y mejillas,  
buenas, simples, blandas,  
sufriendo sin fin.

## Hacia Emaús

Dos amigos iban conversando  
camino a Emaús,  
a veces dudando, a veces maravillados,  
no queriendo y queriendo creer  
que habías vuelto de entre los muertos.

Se les unió un tercero,  
quien hizo preguntas varias  
y resulta que, docto y versado,  
sabía más que ellos,  
y entre pregunta y pregunta  
explicaba las escrituras.

Cenaron juntos  
pero pronto el extraño se fue.  
¡Era él, era él!

Tarde nos dimos cuenta,  
tan rápido desapareció.

Dios mío, resucitó,  
¡es verdad!

Corrieron los dos a Jerusalén  
donde los once y contaron:  
¡Vive, vive!

¡Estuvo con nosotros!  
Y la nueva se esparció  
- maravilla de maravillas -  
de creyente en creyente.  
Pero el disciplinado agente  
del servicio secreto  
era el más sorprendido,  
no podía creer  
en lo que había terminado  
su reciente misión.

## El Eremita

En mi casa dijeron  
que yo estaba loco,  
que no era bueno  
tener tantas ideas sublimes,  
y no me entendieron  
cuando les hablaba  
de una vida en dios.  
Yo tampoco a ellos  
pude comprender bien,  
nunca supe el valor  
de sus muchos afanes,  
el apuro, lo correcto  
y el miedo  
a lo que los otros pueden decir.  
Entonces un día salí del pueblo  
siguiendo las huellas  
de gente y camellos,  
llegué a las colinas  
que ahora nombro mías,  
y aquí hice hogar  
entre estrellas y arena.  
Una roca grande  
es mi casa preciosa,  
en torno a ella  
vivo las horas del día,  
y de noche me acuesto  
al pie de su tibia pared.  
Rezo y contemplo  
desde que despierto  
hasta tarde en la noche,  
inundado por la luz  
de mi gran señor.

## El Perro

He acompañado  
a mi señor  
por caminos y pueblos,  
verano e invierno,  
nunca me alejo mucho,  
vuelvo al trote  
a su presencia querida  
y lo huelo para saber  
qué ha pasado  
en mi corta ausencia.

Es padre y madre  
desde siempre para mí,  
me da de comer,  
me quiere a palmotazos  
y a veces me acaricia  
cabeza, lomo o pecho  
con su mano generosa.

Dormimos cerca,  
pero a veces lo despierto  
en medio de la noche  
cuando siento peligro,  
pero en el sol del mediodía  
es a veces él  
quien a mí despierta.

Él es todo lo que tengo.

Lo quiero -  
y lo espero con paciencia  
cuando se hinca y reza  
y pasan las horas.

Después  
retomamos camino  
y vuelvo a correr.

## La Luz

Una lluvia de amor y luz  
baña mi cuerpo  
y me transforma.

Lo que en oraciones  
nunca atreví anhelar  
ahora derrite mi mente,  
da vida a mi vida  
y me tiene extasiado.

Claridad bendita  
en que anidan imágenes  
de mi entorno familiar,  
caras, objetos, paisajes,  
bondad regalada  
sobre mi alma.

A quién agradezco,  
a quién doy lo recibido,  
esto precioso,  
este milagro inmerecido,  
esta lluvia santa.

Manos rezando

Me han enseñado  
a juntar mis manos  
cada vez que rezo.

Así lo hago ahora,  
repito la oración  
y pido por mi madre,  
por mi padre,  
por mis hermanos  
y por mis cosas,  
el perro,  
los juguetes,  
el lápiz  
y mi almohada.

Dormiré  
con angelitos  
y sus nubes,  
y mañana volveré  
a crecer y a jugar  
junto a dios  
que me ama  
y me cuida.

## Manos rezando II

Junto mis manos  
cansadas de trabajo,  
curtidas y secas  
de sufrir y aguantar  
tanto mal innecesario  
vertido sobre mi alma  
despierta y abnegada.

Junto mis manos  
con poca esperanza  
que el peso disminuya,  
así como voy  
de año en año  
con carga dolorosa  
sobre mis hombros.

Junto mis manos  
como antaño de niño,  
pero ahora no pido  
sino guardo silencio  
en mi corazón triste  
y ya sin ganas  
de ninguna ilusión.

Junto mis manos  
y siento el calor que va  
como gesto generoso  
de una en la otra -  
que no se diga  
que no sé lo que es  
a esta edad avanzada.

## El Monje

Ingresé de joven  
al convento,  
quería llevar una vida  
dedicada a dios.

Me mostraron temprano  
una lista de virtudes,  
la obediencia primero,  
y me enviaron a la huerta  
a trabajar la tierra,  
vides para el vino,  
vino para la misa.

Mis dudas  
fueron templadas  
con sabidurías religiosas:  
misterio divino,  
oremos juntos,  
el tiempo te dará respuesta.

Me salí del convento  
pero no de la vida  
dedicada a dios.

Enseño la naturaleza  
a niños curiosos,  
dibujo con ellos  
trozos de sus vidas,  
me hago  
amigo de animales  
y de noche  
doy gracias.

Atrás quedaron  
adultos y superiores,  
he vuelto a la inocencia  
que reina  
en la gracia de dios.

## El Preso

No les gustó lo que dije,  
así que enviaron por mí  
y aquí al calabozo  
me arrojaron con desprecio.

Comparto las sombras  
con ladrones y criminales  
guardados cerca de mí,  
escucho sus gritos,  
a veces gemidos o tos.

Cada tantos días  
de madrugada  
me sacan a la luz  
y me golpean.

No que niegue  
mis convicciones,  
pero si lo hiciese  
tampoco habría  
instancia de perdón.

He pensado en dios,  
si existe o no,  
si pedir o no pedir  
crea en mí o en ellos  
una diferencia -

pero sí sé que quien soy  
sufre,

que doy gracias  
por infancia y juventud,  
por la salud  
de mis convicciones  
hoy odiadas y temidas  
allí afuera,  
y por estar vivo -  
aún.

## El Renegado

Dijeron dios  
en las puntas de la vida,  
arriba en el éxtasis,  
abajo en las penumbras,  
pero rara vez en el medio,  
en el diario vivir  
de tarea y descanso,  
de alegría y pena,  
de cariño y dedicación.

Construyeron poder  
en torno a dios,  
jerarquías de sabios  
que sin vergüenza depredaron  
a quienes guiaban  
por los santos senderos.

Más puntas menos dios,  
más misterios más maldad.

Pero  
en las tranquilas horas  
de mi vida  
simple y pareja  
brilla una luz  
divina y amplia  
que hace de todo  
una alta catedral.

## El Muchacho

Mis expectativas  
me hacen temblar  
entre el miedo al rechazo  
y las ganas de todo,  
amada linda.  
Avanzo de a poco  
suaves caricias  
sobre tu piel desplegada  
frente a mi vista  
atormentada  
por amor y fuerza -  
lentamente más seguro  
hacia más y más,  
como obediente  
desplegando la dicha  
de ser aceptado,  
de unirme a ti,  
más, más,  
ola espiritual  
que nos lleva comprometidos  
a través de la hora sagrada,  
más, más,  
baile sublime  
de dos amantes serios -  
y después  
sonriendo felices,  
casi incrédulos,  
plenos de gracia.

## El Artista

Limpio mi alma  
como si fuese un cuenco,  
separo y alejo tanta cosa  
que ha caído en su interior,  
palabras, ideas, afanes,  
el vasto repertorio  
de estrategias humanas.

Y ahora es como un cáliz,  
un cáliz humilde  
en que se despliega  
de a poco madurando  
un sentir ingenuo,  
una tendencia ascendente  
de vida pudorosa  
- espiritual en su claridad -  
lentamente hacia arriba  
más y más,  
convencida de sí,  
ser y querer  
íntimamente entrelazados,  
emoción terrenal,  
esta luz maravillosa.

Como gran pregunta  
están mis herramientas,  
mesa, estantes, ventana,  
a ver si algún día lo logro,  
si la sabré expresar,  
la vida, sagrada  
en su natural intimidad.